



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

EL MONSTRUO DEL LAGO HUNT

Joseph Berna



TEPPER &



© JOSEPH
BERNA

Derechos
reservados por:

EDITORIAL
ANDINA, S.A.

Polígono
Industrial de
Pinto

PINTO
(Madrid)

Director
responsable:

Gregorio
Ovejero

Publicación
semanal

Aparece
los viernes

ISBN
84-06-01412-1

Depósito
legal: 18.677 –
1978

Printed in

Spain

LITOPRINT,
S.A.

Villafranca
del Bierzo, 32

Fuenlabrada
(MADRID



EDITORIAL

ANDINA, S.A.

**EL MONSTRUO
DEL LAGO HUNT**

**Joseph
Berna**

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia

CAPITULO 01

EVELYN Anderson llevaba una semana escasa trabajando como dependienta en la tienda de confección de Philip Stander, un cuarentón no mal parecido que observaba a sus empleadas de forma más bien descarada.

Y, en ocasiones, hacía algo más que observarlas.

Al menos, eso había oído decir Evelyn a sus compañeras de trabajo.

Pero ella no podía afirmar que fuera cierto, porque no había visto a Philip Stander poner la mano encima a ninguna de las chicas, todas ellas jóvenes y atractivas.

Que las miraba con atrevimiento, sí.

Eso sí podía afirmarlo, porque ella misma había sido objeto de las miradas del señor Stander en varias ocasiones, pero, especialmente cuando se subía a una escalera para poner o coger algo de los estantes altos.

Pero sólo si llevaba falda.

Cuando iba con pantalones, Philip Stander no se molestaba en verla trepar por la escalera.

Como nada quedaba a la vista, nada tenía que mirar.

Aquella tarde, casualmente, Evelyn Anderson lucía una graciosa minifalda y una blusita de tirantes que la ceñía muy sugestivamente, resaltando la firmeza y perfección de sus pechos juveniles.

Evelyn sólo contaba veintidós años.

Tenía el pelo castaño, y lo llevaba muy corto, lo cual le daba un aire aniñado y travieso a su bonito rostro, de preciosos ojos verdes, naricilla ligeramente respingona y labios gordezuelos.

Philip Stander, que vestía impecablemente, consultó su reloj de oro, tras lo cual hizo sonar el timbre que anunciaba a sus empleadas que la jornada laboral había concluido.

Las chicas, seis en total, recibieron con alegría el timbrazo y se

dispusieron a abandonar la tienda.

Philip Stander se acercó al pequeño mostrador tras el cual se hallaba Evelyn Anderson, preparando su bolso.

—Evelyn...

—¿Sí, señor Stander?

—¿Le importaría quedarse unos minutos más? Tengo que comprobar las existencias de algunos géneros, precisamente los de su sección, y necesito que alguien me ayude —explicó el propietario del comercio, con una sonrisa.

Evelyn se dijo que no podía negarse.

Por eso, aunque no le hacía ni pizca de gracia quedarse a solas en la tienda de Philip Stander, accedió:

—Estoy a su disposición, señor Stander.

—Gracias, Evelyn. Es usted muy amable.

Evelyn Anderson miró hacia la puerta de la tienda.

Sus cinco compañeras la cruzaban ya, en grupo, cuchicheando entre sí y riendo quedamente.

Evelyn volvió a mirar al dueño de la tienda.

—Podemos empezar cuando quiera, señor Stander.

—Oh, sí, en seguida. Traiga aquella escalera, súbase a ella, y vaya bajando las cajas del estante más alto —indicó Philip Stander.

Evelyn maldijo para sus adentros, pero fue por la escalera.

De haberlo sabido, se hubiese puesto pantalones aquella tarde, en lugar de falda.

¡De minifalda, que aún era peor!

De todos modos, que el señor Stander llevase cuidado, porque como no se limitase a mirarle las piernas, iba a tener un disgusto con ella.

Ver era una cosa, y tocar, otra.

Evelyn situó la escalera en el lugar indicado y se subió a ella.

Tuvo que subirse a lo más alto, porque era el único modo de alcanzar con sus manos las cajas del último estante.

Philip Stander echó el cuerpo hacia adelante y miró hacia arriba.

Sus finos labios se distendieron en una astuta sonrisa al contemplar, desde su nacimiento hasta los tobillos, las esbeltas piernas de Evelyn Anderson.

De muslos largos y morenos, perfectamente torneados.

Unas piernas maravillosas de verdad.

Desde lo alto de la escalera, Evelyn se dio cuenta de que el señor Stander se estaba dando una generosa ración de vista, sin el menor disimulo, pues estaba prácticamente acostado sobre el mostrador.

A pesar de que ya lo esperaba, la joven se enfureció.

Tanto, que estuvo a punto de arrojarle a la cabeza la caja que acababa de coger del estante.

Afortunadamente, logró contenerse.

Necesitaba el empleo, y si le tiraba una caja a la cabeza a Philip Stander, éste la pondría de patitas en la calle un segundo después.

Evelyn se bajó de la escalera y dejó la caja sobre el mostrador.

Sus ojos se encontraron un instante con los de Philip Stander, quien se había erguido al verla descender.

Los de él brillaban ahora de un modo que no le gustó nada.

Le entraron ganas de coger su bolso y marcharse a toda prisa de la tienda.

Pero no lo hizo.

La contuvo la misma razón de antes: necesitaba el empleo.

Evelyn se subió de nuevo a lo alto de la escalera y alcanzó otra caja.

Philip Stander, al igual que antes, había echado exageradamente el cuerpo hacia adelante y miraba hacia arriba.

De pronto, dijo:

—Es rojo.

—¿Qué? —preguntó Evelyn, sin comprender.

—Que es rojo.

—¿El qué?

—El "slip" —aclaró Philip Stander, y dejó escapar una risita de hiena contenta.

El rostro de Evelyn se congestionó de furia.

—¿Quiere ver cómo se vuelve negro? —dijo, escupiendo prácticamente las palabras.

—¿El "slip"? —pestañeó Philip Stander.

—¡Su ojo, del puñetazo que le voy a dar, como no deje de mirarme las piernas! —estalló Evelyn.

Philip Stander rompió a reír.

—¡Eso ha tenido gracia, Evelyn!

—¿Usted cree...?

—¡Muchísima!

—¡Pues a mí no me ha hecho ninguna!

—¿Sabe una cosa, Evelyn?

—¿Qué?

—Me gusta usted.

—A usted le gustan todas las chicas de la tienda.

—Pero usted me gusta más que ninguna. Y si usted quisiera...

—¿Si yo quisiera qué?

—Venir a mi despacho.

—¿Para qué?

—Allí tengo un largo y mullido sofá.

—Continúe.

—¿Es necesario...? —preguntó maliciosamente Philip Stander.

—Sí, porque no sé a dónde quiere ir usted a parar.

—Al sofá, está muy claro.

—Conmigo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué me dice de su esposa?

Philip Stander respingó:

—¿Quién le ha dicho que soy casado?

—Las chicas de la tienda.

Philip Stander suspiró lánguidamente.

—Sí, es cierto, soy casado.

—¿Y no le da vergüenza?

—¿El qué?

—Hacerme ese tipo de proposiciones, teniendo esposa.

—Es que mi esposa es más fea que un oso hormiguero, Evelyn.

—¿Quiere decir que no tiene un rostro agraciado?

—Más bien desgraciado.

—¿Y de figura...?

—Es una escoba vestida. Nada por delante, muy poco por detrás, y casi nada por los lados

—Vaya, lo siento.

—Más lo siento yo, que tengo que vivir con ella. Y con lo poco que a mí me gusta barrer...

Evelyn estuvo a punto de reír el chiste de Philip Stander.

—¿Por qué se casó con ella, si no le gustaba? —preguntó.

—Porque yo no tenía dónde caerme muerto y a ella le sobraba espacio. Esta tienda era de su padre, quien, por cierto, estaba muy

delicado de salud. Se veía que iba a durar poco, el pobre. Y así fue. Murió dos semanas después de mi boda con el adefesio de su hija.

—Entonces, usted se casó por la tienda.

—Sí, esa fue la razón de que cargara con una mujer tan horrible.

—¿Y no ha mejorado ella con el tiempo...?

—Al contrario, ha empeorado. Con decirle que la semana pasada la llevé de paseo al zoológico y no la dejaban salir...

—¿Por qué?

—Los vigilantes aseguraban que se había escapado de una de las jaulas, y hasta que no se cercioraron de que todas las jaulas estaban ocupadas, no nos autorizaron a abandonar el zoológico.

Evelyn Anderson no pudo contener la risa esta vez.

—Lo siento, señor Stander.

—Eso ya lo dijo antes.

—¿Qué otra cosa puedo decir?

—Que no tiene inconveniente en venir a mi despacho.

—Pero es que *sí* lo tengo.

—Vamos, no se haga la estrecha.

—Ni la estrecha ni la ancha.

—No puede negarse, Evelyn.

—¿Quién ha dicho que no...?

—Si se niega a complacerme, la despediré. Recuerde que está usted a prueba en la tienda, Evelyn...

—Como los melones.

—Sí, eso es —rio Philip Stander.

—Pues a mí no me catará usted, señor Stander —dijo Evelyn, bajándose de la escalera.

—A las otras chicas no les importa hacer el amor conmigo.

—A mí, sí.

—¿Se marcha, Evelyn? —preguntó Philip Stander, al ver que la joven cogía su bolso.

—Ahora mismo.

—Si lo hace, no vuelva por aquí.

—Sobraba la advertencia, porque no pensaba volver.

—Usted lo ha querido.

—Hay otra cosa que también quiero hacer, señor Stander. ¡Esto! —dijo Evelyn, y le arreó con el bolso en toda la cara.

Fue un bolsazo tremendo.

Philip Stander cayó al suelo y quedó sentado en él, aullando de dolor.

—¡Me ha roto la nariz...! —gimió, al ver que la sangre le manaba abundantemente por las fosas nasales.

—¡Usted se lo ha buscado, señor Stander! ¡Hasta nunca! ¡Y recuerdos al oso hormiguero!

Todo esto lo soltó Evelyn Anderson mientras corría hacia la puerta.

Salíó disparada de la tienda y tomó el primer taxi libre que vio pasar.

Unos minutos después, el taxi se detenía frente a un bloque de pequeños apartamentos, uno de los cuales tenía alquilado Evelyn.

La joven pagó al taxista y saltó del coche.

Apenas había dado unos pasos, cuando oyó que alguien preguntaba:

—¿Es usted la señorita Anderson?

Evelyn se detuvo y miró al hombre que había hablado, un tipo de unos cuarenta y cinco años, delgado, más bien bajo que alto, elegantemente vestido. Un fino y cuidado bigote surcaba su labio superior.

Como la joven no decía nada, el elegante sujeto, que llevaba un

maletín en la mano izquierda, repitió la pregunta:

—¿Es usted la señorita Anderson?

—Sí —respondió Evelyn.

—¿Evelyn Anderson?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Walter Jackman, abogado de profesión —se presentó el distinguido individuo, con una cortés inclinación de cabeza.

—¿En qué puedo servirle, señor Jackman?

—He venido desde Londres, señorita Anderson, y...

—¡Londres! —exclamó Evelyn, y se quedó con la boca abierta.

—Sí, señorita Anderson. Yo vivo allí.

—¿Y qué hace en América...?

—Vine en su busca, señorita Anderson. Y no me ha sido fácil encontrarla, créame. La dirección que me facilitó su señor tío, no...

Evelyn respingó.

—¿Ha dicho usted mi tío...?

—Sí, señorita Anderson. Y me estoy refiriendo al señor Horton; Chester Horton.

—¡El tío Chester...! —exclamó Evelyn, llevándose una mano a la boca.

—Sí, señorita.

—¡Hace años que no sé nada de él! ¡Desde que se marchó a Europa, con aquella corista con la que se había liado, no he vuelto a tener noticias tuyas!

—Lo sé, señorita Anderson. El señor Horton me lo dijo, poco antes de...

—¿Poco antes de qué? —inquirió Evelyn, al ver que el abogado se interrumpía.

El rostro de Walter Jackman adquirió una solemne seriedad.

—Su señor tío ha muerto, señorita Anderson —comunicó.

—¿Muerto...? —pestañeó Evelyn.

—Falleció hace unos días.

Evelyn se llenó de tristeza.

—Pobre tío Chester... —musitó, bajando la cabeza.

—La nombró heredera en su testamento, señorita Anderson.

—¿A mí...?

—Sí; única heredera. Su señor tío no llegó a casarse, ni con la corista, con la cual sólo vivió unos meses, ni con ninguna otra mujer.

—No me sorprende. Tío Chester era poco partidario del matrimonio.

—Nada partidario, para ser exactos —sonrió suavemente el abogado.

—¿Y qué me ha dejado...? —quiso saber Evelyn.

—Una magnífica casa, en el condado de Norfolk, junto a un lago precioso.

El rostro de Evelyn Anderson se iluminó.

—¿De veras se trata de una casa magnífica, señor Jackman...?

—Oh, sí, no crea usted que la engaño. De hecho, conozco a una persona que pagaría cien mil libras esterlinas por ella.

Evelyn boqueó como un pez.

—¿Cien mil... cien mil libras... esterlinas? —tartamudeó, incrédula.

—Contantes y sonantes, señorita.

—¡Eso es una fortuna!

—Desde luego, a suma no es ninguna tontería. Y puede ser suya dentro de un par de semanas, si me autoriza usted, por escrito, a vender la casa en su nombre.

—¿De veras se ocuparía usted de todo, señor Jackman...?

—Con mucho gusto, además. Su señor tío no sólo era cliente mío, sino también un buen amigo. Me encantaría poder servirla también a usted

—¡Oh, qué amable es usted, señor Jackman! Subamos a mi apartamento y le daré esa autorización que necesita.

El abogado carraspeó ligeramente.

—Me tomé la libertad de extenderla yo mismo, señorita Anderson. Usted sólo tendrá que estampar su firma al pie del documento.

Evelyn quedó un tanto sorprendida.

—¿Cómo sabía usted que yo...?

Walter Jackman sonrió.

—No era difícil de adivinar que usted optaría por vender la casa, teniendo en cuenta que vive en Nueva York, y la casa está en Inglaterra.

—Sí, claro.

—En realidad, ésa fue la razón de que, en lugar de escribirle, me decidiera a venir personalmente. Y fue una suerte, porque si llego a escribirle, la carta me habría sido devuelta, pues ha cambiado usted de domicilio.

—Sí, hace año y medio que dejé aquella casa. Mamá murió y... Me hubiera gustado comunicárselo a tío Chester, pues él y mi madre eran hermanos, pero como ya le dije antes, no tenía idea de por dónde andaría tío Chester. Jamás nos escribió.

—Comprendo.

—Tenga la amabilidad de acompañarme, señor Jackman.

—Con mucho gusto.

Subieron al apartamento, cuya puerta abrió Evelyn con la llave que extrajo de su bolso.

La joven encendió las luces y condujo al abogado londinense hasta el reducido living.

—¿Le sirvo algo de beber, señor Jackman?

—Gracias, pero no tengo sed. Lo que sí tengo es prisa. Me gustaría tomar el avión de regreso esta misma noche, si es posible —explicó el abogado.

—¡Oh!, entonces no perdamos más tiempo. Déme ese documento y se lo firmo en seguida.

Walter Jackman puso el maletín sobre la mesa del living, lo abrió y extrajo la autorización que debía firmar Evelyn Anderson, la cual ofreció a la muchacha, junto con su pluma estilográfica.

Evelyn leyó el documento y acto seguido se dispuso a estampar su firma al pie del mismo. En el último instante, sin embargo, se detuvo y miró al abogado de un modo extraño.

—¿Ocurre algo, señorita Anderson? —preguntó Walter Jackman.

—¿Sabe lo que estoy pensando, señor Jackman?

—No.

—Que me encantada dar una ojeada a esa magnífica casa, antes de venderla. Vivir unos días en ella, mejor.

El rostro del abogado denotó sorpresa.

—¿Viajar a Inglaterra sólo para...?

—¡Serán unas vacaciones estupendas!

—Sí, pero...

—¿Dijo usted que la casa está junto a un lago...? —le interrumpió Evelyn.

—Sí, muy cerca del lago Hunt.

—¿Y hay truchas en ese lago...?

—Oh, sí, ya lo creo que hay truchas. Y un horrible monstruo, también.

Evelyn respingó cómicamente.

—¿Dijo monstruo?

Walter Jackman se echó a reír.

—Es una vieja leyenda, no se alarme.

—¿Seguro que sólo es una leyenda...?

—Le doy mi palabra.

—Mire que a mí no me gustan nada los monstruos...

—A nadie le gustan, señorita Anderson.

—No me ha entendido. Lo que yo quiero decir es que soy una chica muy miedosa. Si veo una película de terror, no pego ojo en toda la noche.

—No tiene por qué preocuparse, señorita Anderson. El pueblo más cercano al lago Hunt, se llama Paverton, y puedo asegurarle que ningún habitante de Paverton vio jamás al monstruo del que habla la leyenda. Todos se ríen de ella, créame. También su señor tío se reía de la leyenda, y eso que él vivía junto al lago. ¿Sabe lo que solía decir, antes de acercarse al lago?

—¿Qué?

—"Voy a fumarme un pitillo con el monstruo".

Evelyn rio.

—¡Qué hombre tan valiente, el tío Chester!

—Nadie teme al monstruo del lago Hunt, porque saben que no existe ni existió jamás.

—Claro. Es estúpido creer en monstruos, a estas alturas.

—¿Qué decide, entonces?

Evelyn Anderson devolvió al abogado el documento y la estilográfica y respondió, muy decidida:

—¡Viajar a Inglaterra, señor Jackman!

CAPITULO 02

DONALD Baker tenía veintinueve años de edad, y desde hacía casi dos, poseía el título de doctor en medicina.

Era un tipo moreno, alto, de fuerte constitución y facciones varoniles.

En Paverton había comenzado a ejercer su profesión, aunque él no había nacido allí, sino en Londres.

Pero en Londres había muchos médicos, y era difícil abrirse camino. Por eso no dudó en aceptar la plaza que había quedado vacante en Paverton, al fallecer el doctor Colman, quien, durante algunos años, había prestado sus servicios allí.

Al principio, Donald Baker echaba de menos el bullicio de las calles de Londres, pero pronto se acostumbró a la paz y tranquilidad que reinaban en Paverton y a los habitantes de aquel pequeño pueblo del condado de Norfolk, cuya confianza y simpatía había sabido ganarse en muy poco tiempo.

Donald Baker tenía un carácter abierto, alegre y jovial.

Y era un buen médico, también.

Lo había demostrado en cuantas ocasiones se le presentaron.

Donald Baker se hallaba en su consultorio, sentado a su mesa, realizando unas anotaciones, cuando llamaron a la puerta.

Donald se levantó de su sillón y acudió a abrir.

—Claudia...

—Hola, doctor Baker —sonrió Claudia Belmont, el ama de llaves del difunto Chester Horton, una mujer de no más de veintiséis años de edad, de rostro marcadamente sensual y un cuerpo que invitaba a ser explorado a fondo de norte a sur y de este a oeste.

Tenía el cabello largo y rojizo, muy brillante, y lucía un ceñido vestido, sin mangas y de pronunciado escote.

Tan pronunciado que aquello, más que un escote, era un mirador.

Donald miró.

Y no con ojos de médico, precisamente...

No, no crea el amable lector que Donald Baker era un médico sinvergüenza, que también los hay.

El siempre miraba a sus pacientes con ojos de médico, aunque fuesen mujeres jóvenes y hermosas.

Pero Claudia Belmont no era una paciente.

No lo había sido nunca.

Ella, a diferencia del recientemente fallecido Chester Horton, a quien cada semana le dolía una cosa distinta, tenía una salud a prueba de bomba.

Jamás, en el tiempo que Donald Baker llevaba en Paverton —algo más de un año y medio—, Claudia Belmont se había sentido enferma.

Ni siquiera resfriada.

Y esto último sí que era sorprendente, pues Claudia Belmont, tanto en verano como en invierno, acostumbraba a llevar vestidos tan ventilados por arriba como por abajo.

Sí.

No sólo eran exageradamente escotados, sino también exageradamente cortos.

Donald Baker carraspeó levemente.

—¿Qué te trae por aquí, Claudia?

—Vengo a que me examine, doctor Baker —respondió ella.

—¿De qué asignatura?

Claudia Belmont rio.

—No haga chistes, doctor.

—Tú lo hiciste primero.

—¿Yo...?

—Al decir que has venido a que te examine.

—¿Y eso es un chiste?

—Tú tienes una salud de hierro, Claudia.

—La tenía, pero últimamente ando un poco pachucha, doctor.

—Me cuesta creerlo.

—Pues créalo, porque es verdad. No dormo bien por las noches. En cuanto me acuesto, noto una sensación de ahogo y empiezo a sudar.

—¿No será que te tapas demasiado? —preguntó Donald, con sutil ironía.

—¿Taparme demasiado...? ¡Qué va! Pero si sólo me cubro con una sábana y me pongo para dormir un camisoncito de gasa transparente que sólo me llega hasta aquí... —Claudia Belmont se puso la mano sólo unos centímetros más abajo del ombligo.

Donald carraspeó.

—Descartado lo del exceso de tapadera. Continúa, Claudia.

—Bien, doctor, como le decía, al acostarme noto esa extraña sensación de ahogo. Tardo mucho en dormirme, y cuando por fin lo logro, me despierto casi enseguida, sobresaltada, y el corazón me late a cien por hora.

—Será por minuto.

—¿Cómo? —parpadeó Claudia Belmont.

—Que será a cien latidos por minuto. Cien latidos por hora, es muy poco, Claudia.

—¡Ya soltó otro chiste! Yo me refería a la velocidad del corazón, no al número de latidos, y usted lo sabe.

Donald Baker sonrió.

—Está bien, pasa. Te haré un reconocimiento.

—Muy profundo, ¿eh, doctor? —pidió Claudia, entrando en la casa.

—Sí, no te preocupes. Pasemos a mi consultorio.

Cruzaron la pequeña sala de espera y entraron en el consultorio.

Donald Baker, que llevaba puesta su bata de médico, atrapó el fonendoscopio y se lo colgó del cuello.

—Tiéndete en la mesa de reconocimientos, Claudia —indicó.

—Antes tendré que quitarme el vestido, ¿no? —repuso ella, con un brillo pícaro en los ojos.

—No creo que sea necesario —dijo Donald, observando de nuevo el generoso escote de la pelirroja—. Si el escote de tu vestido fuese más pequeño, sí, pero como es amplio, permite la auscultación.

—De todos modos, me lo quitaré. Si me tiendo con él, lo arrugaré y se pondrá muy feo.

Dicho y hecho.

Claudia Belmont se despojó del vestido y quedó en ropa interior.

Una ropa interior fina, de calidad, pero demasiado atrevida.

Al menos, para ir al médico.

El sujetador era tan pequeño que no cubría casi nada, y el breve pantaloncito, muy poco.

Donald Baker carraspeó con más fuerza que en las ocasiones anteriores. Quería mirar a Claudia Belmont con ojos de médico, pero le resultaba muy difícil.

Y ella tenía la culpa.

Se había tendido en la mesa articulada, pero de una forma que...

Incitaba.

Provocaba.

Despertaba el deseo.

Donald Baker hizo un esfuerzo para controlarse y se acercó a ella.

Aplicó el fonendoscopio al pecho femenino.

Claudia Belmont soltó una risita de niña de ocho años.

—¡Me hace cosquillas con su aparatito, doctor!

—Inspira lenta y profundamente, Claudia.

Ella obedeció.

Sus abultados pechos se agrandaron más y más, y pronto amenazaron con salirse violentamente del diminuto sujetador.

—Es suficiente, Claudia —indicó Donald, evitando así el inminente desbordamiento—. Ahora, expulsa lentamente todo el aire que te has tragado.

Ella lo hizo.

Donald Baker cambió el fonendoscopio de lugar y rogó a Claudia Belmont que inspirara de nuevo, pero no tan profundamente como antes.

Ella desoyó esto último, y de nuevo hubo peligro de desbordamiento.

—¡Suelta el aire, Claudia! —se apresuró a ordenar Donald, contemplando, con asombro, cómo la cajita metálica del fonendoscopio había desaparecido materialmente entre los poderosos senos de la pelirroja.

Claudia Belmont expulsó el aire y la cajita metálica volvió a aparecer.

Donald Baker auscultó un par de veces más el pecho del ama de llaves y luego informó:

—No encuentro nada, Claudia.

—Pues no será porque no hay cosas a la vista... —repuso ella, sonriendo maliciosamente.

Donald tosió.

—Me refería a tu organismo, Claudia. No encuentro nada raro en él.

—¿Tengo fuerte el corazón?

—Como un roble.

—¿Y los pulmones...? —Claudia Belmont volvió a tragar aire en cantidad, aunque nadie se lo había ordenado.

—Tan sanos que podrías respirar hasta debajo del agua.

Claudia Belmont sonrió malévolamente.

—Tal vez tenga el problema más abajo.

Donald respingó.

—¿Más abajo?

—En el hígado, por ejemplo. ¿Por qué no lo ausculta?

—El hígado no se ausculta, Claudia.

—¿Por qué?

—Porque no, mujer.

—Entonces, ¿cómo va a averiguar si lo tengo bien o mal?

—Así, oprimiéndolo con los dedos —explicó Donald, colocando la mano sobre la zona del hígado y presionando con ella.

—¡Huy!, qué divertido —rio Claudia.

—¿No te duele, cuando aprieto?

—Al contrario, me produce placer. Y es que tiene usted unos dedos tan fuertes y tan suaves a la vez, doctor...

Donald dejó de presionar.

—Claudia...

—¿Sí, doctor?

—¿A qué has venido?

—¿Yo? Pues, ya se lo he dicho. Por las noches, en cuanto me acuesto...

—Eso es un cuento chino.

—¿Qué? —pestañeó Claudia.

—Tú estás más sana que una manzana.

Claudia Belmont incorporó ligeramente el torso.

—Hay manzanas que engañan, doctor, y no descubres que están podridas hasta que no las muerdes.

—¿Qué pretendes decir con eso, que debo morderte?

—Si lo hace con delicadeza...

Donald cogió el vestido de la pelirroja y se lo ofreció.

—Vístete, Claudia.

Ella compuso un gesto de desilusión.

—¿Ha terminado ya el reconocimiento, doctor...?

—Sí.

—¿Y cuál es su diagnóstico?

—Que me has tomado el pelo por todo lo alto.

—¡Oh, no! ¡No debe pensar eso, doctor Baker!

—Tengo trabajo, Claudia. Te agradecería que te vistieras y te marcharas.

—¿Me echa de su consultorio, doctor...?

—No es que te eche, Claudia. Es sólo que tú no necesitas mis servicios.

—¿Cómo puede estar tan seguro, doctor? Me ha hecho una exploración muy superficial.

—Pero ha sido suficiente.

Claudia Belmont se puso en pie y comenzó a enfundarse el vestido, con gesto de enfado.

—Está bien, doctor Baker, me voy. Pero sepa que si continuó pasando malas noches, volveré. ¡Y me explorará usted hasta las uñas de los pies!

Donald no dijo nada.

Se estaba preguntando si no sería un tonto, al desperdiciar la ocasión que tan en bandeja le ofrecía Claudia Belmont.

Ella, estaba más claro que el agua, había ido a su consultorio con intención de seducirle y hacer el amor con él.

Y había estado a punto de lograrlo.

Pero sólo a punto.

Claudia Belmont acabó de abrocharse el vestido y dijo:

—Adiós, doctor.

—Son cinco libras, Claudia —carraspeó Donald.

—Lo siento, pero no llevo dinero encima. Ya le pagaré la próxima vez que venga.

El ama de llaves del fallecido Chester Horton dio media vuelta y salió del consultorio, taconeando con fuerza.

CAPITULO 03

TIMOTHY Cox detuvo su viejo "Chrysler" frente a la cantina de Brock Masters y saltó al suelo con una agilidad impropia de su edad.

Timothy había cumplido ya los setenta y dos años y estaba delgado como un hueso. Como además, medía sólo 1,58 de estatura, no era de extrañar que pesase cuarenta y ocho kilos escasos.

Y eso, en "bruto".

Si se pesara desnudo, como mucho llegaría a los cuarenta y cinco, porque sólo sus botas ya pesaban un kilo cada una.

El viejo Timothy disparó un salivazo por la comisura de la boca, con gran maestría, y penetró en la cantina.

—¡Buenas noches a todos! —saludó, con su voz de sonajero cascado, al tiempo que levantaba uno de sus esqueléticos brazos.

—¡Hola, peroné con piernas! —dijo uno de los tipos que se hallaban en la cantina, sentados en torno a las mesas.

—¡Tu padre! —rugió el anciano, apretando sus descarnadas mandíbulas.

Todos cuantos se hallaban en el local se echaron a reír, incluido Brock Masters, el dueño de la cantina, un tipo alto y robusto, que se cubría el enorme pecho con una ceñida camiseta de manga muy corta, lo cual le permitía exhibir unos brazos como troncos.

Brock tenía una risa bronca, como de camión en marcha, y la suya destacó poderosamente de las demás.

El viejo Timothy le miró con sus vivaces ojillos, ahora brillantes de furia.

—¿De qué te ríes tú, pecho de ballena? —espetó.

Brock y los demás rieron con más ganas aún.

—¡No te enfades, viejo! —dijo el cantinero.

—¡Herbert me ha llamado peroné con piernas! —barbotó Timothy, mirando al tipo que le había dicho aquello—. ¡Y todos os

habéis reído!

—Sólo era una broma, Timothy —dijo el tipo llamado Herbert—. No quería molestarte, de veras.

—¡Pues me ha molestado! No me gusta que se metan conmigo sólo porque a uno no le sobran las grasas. Lo importante es estar ágil y fuerte, y yo lo estoy. ¿No es cierto, doctor Baker?

Donald Baker, que compartía una mesa con Albert Gold, el farmacéutico, asintió, sonriente:

—Así es, Timothy.

—¡Dígales cómo me encontró usted la última vez que me reconoció, ande!

—Inmejorable. Tiene usted la vitalidad de un joven de veinticinco años.

El viejo Timothy hinchó su huesudo pecho orgullosamente y miró a todo el mundo.

—¿Habéis oído, mequetrefes...?

Herbert, el guasón de antes, dijo:

—Cuidado, Timothy, no se te vaya a quebrar alguna costilla por tensarlas demasiado.

Se produjo un nuevo estallido de carcajadas.

El anciano escupió una palabrota de bucanero y graznó:

—¡Vete al diablo, Herbert!

Movió sus cortas piernas con rapidez y se plantó delante del mostrador, tras el cual se hallaba el hercúleo Brock.

—¡Una botella de whisky, rápido! —pidió, golpeando el mostrador con su arrugado puño.

—Enseguida, viejo.

—¡No me llames viejo!

—De acuerdo, mozuelo.

—¿A qué te mando a ti también al diablo, Brock? —rugió el

vejete.

—¿Porqué?

—¡Te estás pitorreando de mí!

—¿Yo...?

—¡Me has llamado mozuelo!

—Como te molestó que te llamara viejo, yo...

—¡Mi nombre es Timothy, a ver si te enteras de una vez!

—Enterado, viejo. Perdón, quise decir enterado, Timothy.

El anciano rezongó una imprecación.

—¡Venga esa botella, Brock! —apremió, calándose más el simpático sombrero que cubría su pequeña cabeza, desprovista casi totalmente de pelo.

Del lado derecho del sombrero sobresalía una pluma roja.

El cantinero cogió una de las botellas que se alineaban en un estante y la puso sobre el mostrador.

—Son tres libras y media.

El viejo Timothy se metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo unos cuantos billetes arrugados y algunas monedas.

Dejó tres libras y media sobre el mostrador y se guardó todo lo demás.

—Perfecto, viejo —dijo Brock, cogiendo el dinero.

El anciano apretó furiosamente los cuatro dientes que le quedaban, dos arriba y dos abajo. Apuntando con su dedo índice al cantinero, masculló:

—¡Si vuelves a llamarme viejo te juro que...!

Brock Masters tosió.

—Perdón de nuevo, Timothy. Se me escapó otra vez...

—¡Si hubiera otra cantina en Paverton, no volverías a verme el pelo, Brock, eso te lo aseguro!

—A ti el pelo hace años que no se te ve, Timothy... —observó irónicamente Herbert, provocando nuevas risas.

Timothy Cox giró la cabeza y lo masticó con la mirada.

—¡Ya veremos el que tienes tú cuando llegues a mi edad, gracioso! ¡Suponiendo que llegues, claro, cosa que dudo!

—No te enfurezcas, Timothy, que era otra broma.

—¡Gástaselas a tu tía, a ver qué tal le sientan a ella! —rugió el anciano, y atrapó la botella de whisky que acababa de comprar.

Caminó rápidamente hacia la salida de la cantina.

Donald Baker se puso en pie cuando Timothy Cox pasaba por delante de la mesa que ocupaban él y Albert Gold, el farmacéutico, un hombre de mediana edad y estatura corriente, que usaba lentes.

—Siéntese con nosotros, Timothy, y tómese una cerveza.

El vejete se detuvo.

—Se lo agradezco, doctor Baker, pero quiero perder de vista cuanto antes a toda esta gentuza —respondió, mientras los fusilaba a todos con los ojos.

—Le aprecian, y usted lo sabe.

—Son una pandilla de guasones. Disfrutan metiéndose conmigo.

—Y usted, en el fondo, se alegra de que se metan con usted. ¿Me equivoco...?

El viejo Timothy, bajando la voz, confesó:

—Sí, es cierto. Me divierte discutir con ellos. Pero guárdeme el secreto, ¿eh?

—Mi boca será una tumba —sonrió Donald—. Vamos, siéntese con nosotros y pediré una cerveza para usted.

—Gracias, doctor Baker, pero tengo prisa, de verdad. Me voy de pesca al lago Hunt, como todos los fines de semana, y se me ha hecho un poco tarde.

—Como quiera.

—Cuidado con el monstruo, Timothy —dijo, con ironía, el

farmacéutico.

El viejo rio.

—¡Como se atreva a asomar la nariz, me lo cargo de una pedrada!

Donald Baker y Albert Gold rieron también.

—Les dejo, amigos —se despidió el anciano.

—Feliz fin de semana, Timothy. ¡Y abundante pesca! —deseó Donald.

—¡Gracias, doctor! —rio de nuevo el viejo, y abandonó la cantina.

Lo primero que hizo tras acomodarse al volante de su viejo "Chrysler", fue descorchar la botella de whisky y atizarse un trago.

Chascó la lengua repetidas veces.

—¡Buen whisky, sí, señor! —exclamó, complacido, y tapó la botella, la cual dejó sobre el asiento.

Timothy puso el motor en marcha.

Segundos después, el "Chrysler" se ponía en movimiento, cobrando rápidamente velocidad.

El lago Hunt se hallaba a unos treinta kilómetros de Paverton.

En media hora escasa, si al "Chrysler" no le daba por pararse y hacerle la pascua —en más de una ocasión había ocurrido—, Timothy Cox estaría a orillas del lago.

Afortunadamente, al viejo cacharro no le dolió nada y llegó a su destino en el tiempo previsto.

Timothy saltó rápidamente del coche, sin olvidarse de la botella de whisky, y comenzó a sacar todo lo que había puesto en el maletero.

Una pequeña tienda de campaña, los útiles de pesca, la cesta de la comida, una lámpara de gas, una banqueta plegable...

Una vez descargado todo, Timothy procedió a montar la tienda de campaña, lo cual hizo con extraordinaria rapidez y sin necesidad de encender la lámpara de gas, pues la luna brillaba en el cielo, casi redonda, y proyectaba luz suficiente.

Cuando la tienda estuvo montada, reunió unas cuantas ramas secas y les prendió fuego, colocando sobre la lumbre una sartén, en la que echó dos buenos trozos de sabroso tocino.

A Timothy le encantaba prepararse la cena, sobre todo, así, al aire libre.

Era un verdadero amante de la Naturaleza.

También le gustaba, bastante, echar un trago de cuando en cuando.

Además del que se había atizado al salir de la cantina de Brock Masters, había echado otros dos a orillas del lago.

Y atrapó de nuevo la botella, con intención de remojarse por cuarta vez el gaznate, mientras el tocino chirriaba en la sartén.

Sin embargo, no llegó a beber.

Se quedó quieto, con la botella en alto.

Acababa de escuchar un ruido extraño.

Una especie de sordo rugido, procedente del lago.

Timothy se levantó lentamente de la banqueta plegable y miró hacia el lago.

Sus ojillos se dilataron tanto que doblaron su tamaño, al tiempo que la botella le resbalaba de la mano y caía al suelo, desparramando su contenido.

¡Era el monstruo!

¡El monstruo del lago Hunt!

¡El monstruo de la leyenda, del que todos en Paverton se habían reído siempre, por creer que no existía ni había existido nunca!

Pero allí estaba.

A menos de siete metros de él.

Un ser de casi dos metros de estatura, enorme cabeza, pecho descomunal, cintura muy estrecha y piernas de batracio. Sus brazos, muy largos, estaban rematados por un par de manos de gran tamaño, cuyos cinco dedos, de largas y afiladas uñas, permanecían unidos

entre sí por unas largas membranas.

Todo su cuerpo estaba recubierto de plateadas escamas, que despedían un brillo metálico al reflejarse en ellas la luz que proyectaba la luna.

Con todo, lo que más impresionó al aterrado Timothy Cox fueron los ojos del monstruo.

Unos ojos grandes y redondos, excesivamente salidos, de párpados caídos, que miraban de un modo extraño.

Parecía que miraban sin ver.

Que no tenían nada.

En realidad, todo el monstruo en sí parecía no tener vida.

No se movía.

Permanecía clavado como un poste en la orilla del lago.

Pero sí tenía vida.

Timothy Cox pudo comprobarlo al ver cómo su pierna derecha se adelantaba un metro de la izquierda, en poderosa zancada.

El menudo y arrugado cuerpo del viejo se estremeció tan violentamente que el sombrero le saltó de la cabeza y cayó al suelo.

Timothy no esperó a ver cómo el monstruo movía la pierna zurda.

Pegó un brinco de mono, se giró en el aire con asombrosa agilidad, y cuando sus pequeños pies tocaron el suelo, se convirtió en una bala.

Un par de segundos después, se hallaba ya dentro de su "Chrysler", sentado al volante.

Timothy accionó velozmente la llave de contacto.

Giró un instante la cabeza, mientras el motor rugía.

El monstruo avanzaba hacia él, dando aquellas escalofrantes zancadas y con los brazos extendidos hacia adelante.

Como si quisiera atrapar a alguien...

¡Y *quería* atrapar a alguien!

¡Quería atraparlo a él!

Timothy notó un fallo cardíaco, porque ya se veía despedazado por el horripilante ser.

Por fortuna, el coche no le falló y arrancó antes de que el monstruo lo alcanzase, y Timothy Cox pudo escapar, librándose así de la peor de las muertes.

CAPITULO 04

LA puerta de la cantina de Brock Masters se abrió de repente, como impulsada por un furioso golpe de viento huracanado, y alguien penetró en el local como alma que lleva el diablo.

Se trataba de Timothy Cox, naturalmente.

Cruzó la cantina como una exhalación y de un prodigioso salto se plantó sobre el mostrador, justo delante del corpulento Brock, quien se hallaba tan atónito como todos cuantos se encontraban presentes, que eran prácticamente los mismos de antes.

El viejo Timothy empezó a bailotear con gran ligereza sobre el mostrador, sacudiendo los brazos al mismo tiempo.

El guasón de Herbert murmuró:

—Juraría que el viejo Timothy se cree Fred Astaire...

Brock Masters, que oyó las palabras de Herbert, porque en la cantina se había hecho un silencio absoluto, sólo roto por el taconeo de las pesadas botas de Timothy, se rascó la cabeza y rezongó:

—A mí me recuerda más a Gene Kelly...

Timothy, sin dejar de bailotear y de sacudir los brazos, galleó:

—¡El mons...!

—¿Cómo? —pestañeó Brock.

—¡El truo!

—¿Qué?

—¡El monstruo! —por fin le salió al viejo la palabra completa.

—¿Monstruo...? —repitió Brock, pestañeando de nuevo.

—¡Existe!... ¡El monstruo del lago existe!... ¡Yo lo he visto!

Tras unos cinco segundos de silencio, todo el mundo se echó a reír ruidosamente.

Sólo hubo una excepción: el doctor Baker.

Donald Baker veía plasmado el rostro del viejo Timothy el más puro terror, y eso le preocupaba, dada su avanzada edad.

Podía sobrevenirle un ataque al corazón y todo se acabaría para él, seguramente.

Donald se dijo que debía tranquilizar al anciano.

Con ese propósito se levantó de la silla y se acercó al mostrador, sobre el cual continuaba Timothy Cox bailoteando nerviosamente.

—¡El monstruo...! ¡Dice que ha visto al monstruo del lago Hunt...! —exclamaba mientras tanto Brock Masters, con los ojos llorosos, de tan a gusto que se reía.

—¡Os juro por la memoria de mi madre que es cierto! —insistió Timothy.

—¡Has debido de empinar el codo demasiado, Timothy! —dijo Herbert, otro de los que con más fuerza reían.

—¡Sólo había echado un par de tragos, Herbert! ¡Tres como mucho! —hizo saber el anciano, aunque nadie le creyó.

Donald Baker ya estaba junto al mostrador.

—Cálmese, Timothy. Y bájese de ahí.

El viejo, en lugar de bajarse del mostrador, se acuclilló en él y apoyó sus temblorosas manos en los fuertes hombros del médico.

—¿Usted también cree que estoy borracho, doctor...?

Donald sonrió.

—Desde luego que no, Timothy.

—¡He visto al monstruo del lago Hunt, doctor Baker! ¡Con estos dos, que ven muy bien! —el anciano se señaló ambos ojos.

Las carcajadas arreciaron en el local.

—¿Tenía cara de trucha, Timothy...? —preguntó el burlón de Herbert.

—¡Se parecía a tu padre! —rugió el viejo, harto ya de tanta carcajada.

Donald Baker lo tomó por la delgada cintura y lo bajó del

mostrador sin ningún esfuerzo.

—Salgamos de aquí, Timothy.

—¿Porqué?

—Quiero hablar con usted, y aquí no podemos. Las risas ahogan las palabras.

—Está bien, vamos fuera. También yo quiero hablar con alguien, pero con alguien que me escuche sin troncharse de risa —el viejo los mandó a todos a la silla eléctrica con la mirada.

Donald y Timothy caminaron hacia la puerta.

—¿Qué has hecho con tu flamante sombrero, Timothy...? ¿Se lo prestaste al monstruo del lago Hunt? —preguntó Herbert, con su característica socarronería.

—¡Se lo presté a tu abuela, para que se tapara el...!

Donald se apresuró a cubrir la boca del viejo con su mano, evitando así que soltara lo que intuía iba a ser un taco muy gordo.

El gesto del médico hizo que las carcajadas fuesen más estruendosas.

Donald sacó de la cantina al viejo Timothy prácticamente a rastras, pues éste parecía dispuesto a liarse a mamporros con todo el mundo, y se resistía vivamente a abandonar el local.

Una vez fuera, el anciano pudo soltar toda una retahíla de palabrotas y juramentos, pues Donald dejó de cubrirle la boca.

—¡Hatajo de...!

—Olvídese de ellos y cuénteme lo que pasó, Timothy —rogó Donald con una sonrisa.

Timothy Cox escupió un par de exabruptos más y repitió lo que ya había dicho en la cantina:

—¡He visto al monstruo del lago Hunt, doctor!

—No es posible, Timothy. Usted sabe que no existe el monstruo.

—¡Existe, doctor, existe! —insistió el viejo, dando un par de saltitos.

—¿No se habrá confundido?

—¿Confundido?

—La sombra de un árbol, por ejemplo, pudo parecerle...

Timothy Cox sacudió enérgicamente la cabeza.

—¡Nada de sombras de árbol, doctor! ¡Era un ser vivo! ¡Un ser gigantesco y aterrador! ¡Me di cuenta de su presencia porque lanzó un extraño rugido! ¡Yo me quedé petrificado, observándolo con los ojos dilatados! ¡El monstruo no se movía, pero, de pronto, dio un paso que valía por dos y alargó los brazos hacia mí!

El anciano se tomó un ligero respiro y continuó:

—¡Yo dejé de parecer una estatua de piedra y corrí hacia el coche! ¡Por suerte, arrancó a la primera y el monstruo no pudo alcanzarme, aunque faltó un pelo para que lo lograra! ¡Fue realmente horroroso, doctor Baker! ¡Si el monstruo llega a ponerme sus terribles garras encima, me hubiera convertido en tallarines!

Donald Baker no dijo nada.

Se limitó a sacar sus cigarrillos y ofreció la cajetilla de emboquillados al viejo.

Timothy cogió uno nerviosamente y se lo puso en los labios, tan temblorosos como sus dedos y como todo él.

Donald, sonriendo, le quitó el cigarrillo de la boca y se lo volvió a poner, pero por el lado de la boquilla.

—Se lo había puesto al revés, Timothy —explicó, mientras aplicaba la llama de su encendedor al cigarrillo.

—No me extraña, doctor. Estoy tan nervioso...

—Procure tranquilizarse.

—No puedo, doctor. Todavía tengo el terror metido en el cuerpo.

Donald lo miró fijamente.

—Timothy...

—¿Sí, doctor?

—¿Seguro que sólo tomó un par de tragos?

—Fueron tres, doctor. Ni uno más. Y yo, para "agarrarla", necesito mucho más.

—Lo sé.

—Si está pensando que todo fue fruto de mi imaginación, por causa de un exceso de alcohol, olvídelo. No estaba borracho, doctor Baker. El monstruo estaba allí, a unos seis metros de mí, mirándome fijamente con sus enormes y redondos ojos. También su boca es enorme. Y todo su cuerpo está repleto de escamas plateadas y brillantes. Tiene unas manos muy raras, y unas uñas largas y puntiagudas. También sus pies son muy raros. Es un ser terrorífico, créame. Todavía no me explico cómo no me desmayé de miedo cuando lo descubrí. Era para eso y para más.

Donald Baker guardó silencio.

También él había encendido un cigarrillo, y fumaba pausadamente.

Timothy Cox lo miró con fijeza.

—No me cree, ¿verdad, doctor?

—Lo intento, Timothy, pero...

—Me hago cargo. Yo tampoco lo creería, si alguien me lo contara. Es algo tan fantástico que sólo viéndolo uno mismo, con sus propios ojos, se puede creer.

—Tengo una idea, Timothy.

—¿Una idea?

—Volver al lago Hunt.

El anciano dio un respingo.

—¿Volver a...? ¡Ni hablar!

—Yo iré con usted, Timothy.

—¡Ni aunque me acompañara un regimiento entero!

—Llevaré mi escopeta de caza. ¿Se sentirá más tranquilo así?

—Prefiero que lleve un cañón, doctor.

Donald sonrió.

—No dispongo de ninguno, Timothy.

—Entonces, se aplaza la cacería. Ya iremos al lago cuando consiga usted el cañón.

—No diga tonterías.

—¿Le parece a usted?

—¿A que dejó todas sus cosas en el lago?

—¡Pues claro! ¡Lo importante era salvar el pellejo, doctor!

—Estoy de acuerdo. Pero habrá que ir a recoger la tienda de campaña y todo lo demás, ¿no?

—Usted lo ha dicho: no.

—Timothy...

—Se lo repito: no.

—Vamos, no sea gallina.

—Prefiero ser una gallina viva a un valiente hecho pedazos.

—Como siga pensando así, acabará poniendo un huevo. Timothy Cox frunció el ceño.

—¿Sabe una cosa, doctor?

—¿Qué?

—Empieza a recordarme usted al guasón de Herbert.

Donald rio.

—Vamos por mi escopeta, Timothy —dijo, cogiéndolo del brazo.

—No logrará convencerme, doctor Baker.

—¿Qué se apuesta a que sí?

Timothy soltó un gruñido, pero se dejó llevar.

La casa de Donald Baker quedaba cerca de la cantina. Entraron en ella.

Donald fue por su escopeta, regresando con ella poco después.

—¿Está cargada? —preguntó Timothy, apuntando el arma.

—Claro.

—¿Y lleva en los bolsillos cartuchos de reserva?

—Media docena.

—Pocos me parecen —rezongó el viejo.

—En marcha, Timothy —indicó Donald, sonriendo.

Salieron los dos de la casa y volvieron junto al "Chrysler". Donald subió al coche.

Como Timothy no se decidía a imitarle, apremió:

—Vamos, Timothy. Quiero estar de vuelta lo antes posible.

—Pues imagínese que ya estamos de vuelta. Más rápido que eso...

—No diga más tonterías y suba.

—¿Por qué no vamos mañana, a la luz del día? —sugirió el anciano.

—La noche es clara, Timothy. Ande, suba de una vez.

El viejo maldijo por lo bajo, pero subió por fin al coche.

—Es una locura volver al lago Hunt, doctor.

—Ya verá como no pasa nada, hombre.

—Dice eso porque usted no cree que el monstruo exista.

—Ponga el coche en marcha, Timothy.

El anciano maldijo de nuevo, pero obedeció.

El "Chrysler" partió hacia el lago Hunt.

CAPITULO 05

A mitad de camino, aproximadamente, el motor del viejo "Chrysler" emitió unos ruidos extraños y se paró. Timothy Cox pareció alegrarse,

—Hasta aquí hemos llegado, doctor.

—¿Qué pasa, se ha averiado el motor? —preguntó Donald Baker.

—Eso parece.

—No será un truco suyo, ¿eh, Timothy?

—¡Me ofende usted, doctor!

Donald sonrió.

—Olvídelo, no lo dije en serio.

—¡Ah!, bueno.

—Bien. ¿Qué hacemos ahora, Timothy?

—Regresar a Paverton, naturalmente.

—¿A pie?

—A ver.

—No me seduce demasiado la idea, Timothy.

—Ni a mí, pero...

—Estamos más cerca del lago que de Paverton.

—Poco más o menos, igual.

—No, Timothy. De aquí a Paverton habrá unos veinte kilómetros. Al lago Hunt, sólo unos diez.

—Doctor, aun suponiendo que fuera así...

—Prefiero andar diez kilómetros en lugar de veinte, Timothy. ¿Usted no?

—No serían diez, doctor, sino cuarenta, porque luego habría que volver a Paverton. ¿O acaso piensa usted quedarse a vivir a orillas del

lago y montar su consultorio en mi tienda de campaña...?

Donald rio.

—Es una gran idea, Timothy. Pero no, no pensaba instalarme a orillas del lago Hunt, sino pedirle a Claudia Belmont que nos lleve en su coche a Paverton.

—¿La amiguita del difunto Chester Horton?

—El ama de llaves del difunto Chester Horton —corrigió Donald.

Timothy rio.

—Oh, vamos, doctor Baker, todo el mundo sabe que Chester Horton y Claudia Belmont mantenían relaciones íntimas, pese a que él era mucho mayor que ella. Y mucho más zorro, también.

—Más respeto con los muertos, Timothy.

—¡Pero si es la verdad, doctor! Claudia Belmont se lo permitía todo a Chester Horton porque confiaba en que él acabaría casándose con ella. Y, si no se casaban, al menos él, en agradecimiento a los muchos "servicios" prestados, la nombraría heredera en su testamento, y la magnífica casa sería para ella cuando Chester Horton estirase el rabo, lo cual no podía tardar en suceder, teniendo en cuenta el delicado estado de salud de Chester Horton y los excesos que ella le obligaba a cometer. Y ya sabe usted a qué clase de excesos me refiero, doctor.

—Es usted un cotilla, Timothy.

—Tal vez. Pero insisto en que Chester Horton era un zorro viejo, y por eso se la jugó a Claudia Belmont, que es una zorra hermosa, pero mucho más joven. Ni se casó con ella, ni la nombró heredera en su testamento. La casa, y todo cuanto hay en ella, se lo dejó a una sobrina suya que vive en Nueva York.

—Evelyn Anderson.

—¿La conoce usted...?

—No, sólo conozco su nombre. Me lo dijo Walter Jackman, el abogado de Chester Horton.

—Ah... ¿Y qué cree usted que hará esa joven con la casa?

—Venderla, supongo.

—Pues sacaré un buen pellizco.

—Seguro.

—Claudia Belmont debe estar que corta clavos con los dientes.

—Se equivoca. Esta tarde estuvo en mi consultorio, y...

—¿En su consultorio...? —respingó Timothy.

—Sí.

—No me diga que Claudia Belmont está enferma, porque no me lo creo.

Donald sonrió.

—No, no está enferma. Pero dice que no duerme bien por las noches.

—Lo creo. Claudia Belmont es una de esas mujeres que necesitan compañía, y ella no la tiene ahora.

—¡Timothy!

—¿Por qué se escandaliza usted, doctor? ¿Acaso no es cierto lo que digo?

—¿Quién puede saber si es cierto o no?

—Chester Horton lo sabía mejor que nadie, pero él ya no puede decir nada, se ha ido al otro mundo.

—Basta ya, Timothy —rogó Donald, y se bajó del coche, con la escopeta en la mano izquierda.

El viejo salió también del "Chrysler".

—¿Se ha enfadado usted conmigo, doctor Baker?

—No, no estoy enfadado. Pero le agradecería que no volviéramos a hablar de Claudia Belmont ni del difunto Chester Horton.

—No volveré a mencionarlos, no se preocupe.

—Bien. Andando, Timothy.

—Y nunca mejor empleada la expresión... —rezongó el anciano, moviendo las piernas.

Habían caminado un kilómetro aproximadamente, cuando detectaron el ruido de un motor.

—¡Se acerca un coche, Timothy!

—¡Qué suerte! —exclamó el viejo, dando un salto de alegría.

—¿Quién podrá ser...?

—¡El guasón de Herbert, tal vez, que quiere seguir pitorreándose de mí!

—No, no parece el coche de Herbert.

—Tiene razón, ése no es su coche.

—Es el de Walter Jackman, el abogado de Chester Horton.

—¡Mejor! Así no tendré que aguantar las pullas de Herbert.

Instantes después, el coche de Walter Jackman, un magnífico y reluciente "Dodge Dart", se detenía junto a ellos.

El abogado salió del automóvil, sonriente.

—¿Qué tal, doctor Baker?

—Me alegro de verle, señor Jackman —respondió Donald, estrechando la diestra del abogado.

—Hola, Timothy.

—Su aparición ha sido providencial, señor Jackman —dijo el viejo—. Mi cacharro se estropeó y...

—Sí, lo vimos parado en el camino.

—¿Vimos...? —repitió Donald.

—No viajo solo, amigos. La señorita Anderson, la sobrina del difunto Chester Horton, me acompaña. Ha venido desde Nueva York para pasar unos días en la casa que ha heredado. No quería venderla sin antes conocerla. Voy a presentársela.

El abogado rodeó el coche y abrió la otra portezuela.

Evelyn Anderson descendió del auto.

Llevaba un bonito vestido, que no llegaba a cubrirle las rodillas,

de falda ancha y escote redondo. Un ancho cinturón le ceñía la grácil cintura. Al cuello, llevaba un pañuelo de seda.

Walter Jackman la llevó junto a Donald y Timothy.

—Señorita Anderson, le presento al doctor Baker, médico de Paverton, y a Timothy Cox, el viejo más simpático y más cascarrabias a la vez de todo Paverton.

—¿Era necesario decir lo de cascarrabias también? —protestó el anciano, más en broma que en serio.

Evelyn Anderson sonrió encantadoramente.

—¿Cómo está usted, señor Cox? —dijo, ofreciéndole su manita.

—Me sentiré mejor si me llama usted Timothy, señorita. Todos me llaman así —explicó el viejo, estrechando la mano de la joven.

—Entendido, Timothy.

Evelyn ofreció también su mano a Donald Baker, a quien miró de un modo especial, y éste se la estrechó suavemente.

—Encantada de conocerle, doctor Baker.

—Lo mismo digo, señorita Anderson —sonrió Donald.

—Asistió usted a mi tío, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Le agradecería mucho que me visitase una tarde, para hablarme de mi tío.

—Será un placer, señorita Anderson. Yo apreciaba mucho a su difunto tío.

—El aprecio era recíproco —hizo saber Walter Jackman.

—No me cabe la menor duda —sonrió con suavidad Evelyn.

—¿Adónde se dirigían, doctor Baker? —preguntó el abogado.

—Al lago Hunt.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Evelyn—. ¿Podemos ir con ustedes, doctor Baker? ¡Me apetece fumarme un pitillo con el monstruo!

CAPITULO 06

DONALD Baker y Walter Jackman rieron las palabras de la joven.

Timothy Cox, en cambio, arrugó el ceño y gruñó:

—¿También a usted le gusta el pitorreo, señorita Anderson?

Evelyn Anderson pestañeó.

—¿Cómo dice?

—Vamos, no disimule ahora. Sé que ha dicho lo de fumarse un pitillo con el monstruo para burlarse de mí.

—¿Burlarme yo de usted...? —balbuceó Evelyn, y miró a Walter Jackman, absolutamente desconcertada.

El abogado encogió ligeramente los hombros, dándole a entender que tampoco él comprendía nada.

Donald Baker carraspeó.

—Me parece que se equivoca, Timothy.

—No, no me equivoco, doctor Baker. Deben de haberse detenido unos minutos en Paverton, y en la cantina de Brock les han informado de todo —masculló el viejo.

—¿Informado...? —murmuró Evelyn.

—Deje de fingir, señorita. No me importa que usted y el señor Jackman tampoco crean que vi al monstruo del lago Hunt.

Evelyn Anderson dio un cómico respingo.

—¿Dice que vio usted al monstruo del lago Hunt...?

—Se lo juro a usted por lo más sagrado, señorita.

—¡Ay! ¡Que me coja alguien, que voy a desmayarme!

Como esto lo dijo Evelyn alargando los brazos hacia Donald Baker, fue éste quien la sostuvo, rodeándole la cintura con su brazo derecho.

Pero la joven no se desmayó.

Estaba demasiado asustada para desmayarse.

—¡Señorita Anderson! —exclamó Walter Jackman, alarmado por el súbito temblor que se había apoderado del cuerpo de la muchacha.

Donald recriminó al viejo Timothy con la mirada.

—¿Ve lo que ha conseguido, Timothy? Llenar de terror a la señorita Anderson.

El anciano tartamudeó:

—Pero... pero yo creí que ellos...

—Ya le dije que se equivocaba, Timothy. El señor Jackman y la señorita Anderson no sabían nada de lo que usted contó en la cantina de Brock, no se han detenido en Paverton.

—Es cierto, Timothy —confirmó el abogado—. No nos detuvimos en Paverton.

—¡Oh!, cómo lo siento... —gimió el viejo.

—Tenga la escopeta —rogó Donald.

Timothy cogió el arma.

—Debería saltarme la tapa de los sesos con ella, por bocazas... —rezongó.

Donald prestó toda su atención a la sobrina del difunto Chester Horton.

—¿Se encuentra mejor, señorita Anderson?

Ella, que se había colgado de su cuello, y permanecía prácticamente pegada a él, musitó:

—Dígame que no es cierto, doctor Baker.

—¿Lo del monstruo?

—¡Huy!, no pronuncie esa palabra —suplicó Evelyn, cerrando los ojos y apretándose más a él—. Sólo de oírla se me pone la carne de gallina.

—Ya somos dos —murmuró Timothy.

—Serénese, señorita Anderson —rogó Donald.

—El señor Jackman me aseguró que sólo era una leyenda.

—Y no la engañó. Es una leyenda, señorita Anderson.

—Que esta noche se ha hecho realidad —añadió el tono bajo Timothy.

—¡Ay! —gimió Evelyn, que tenía un oído muy fino.

Donald miró severamente al viejo.

—Se está rifando un puntapié, y lo va a recibir el trasero más descarnado —advirtió.

Timothy Cox se hizo para atrás al instante, porque sabía que el trasero más descarnado de los cuatro era el suyo.

—Lo siento, doctor —murmuró, compungido.

—Usted no para de decir que lo siente, pero no deja de atemorizar a la señorita Anderson.

—No volverá a ocurrir, doctor. Si usted dice que sólo es una leyenda, yo también diré que sólo es una leyenda, aunque haya visto con mis propios ojos a ese horrible mons...

—¡Timothy! —gritó Donald.

El viejo respingó.

—¿Me gané el puntapié, doctor?

—¡Casi!

—No volveré a abrir la boca, doctor, se lo prometo.

Donald volvió a ocuparse de Evelyn Anderson.

—No haga caso de lo que dijo Timothy, señorita Anderson. Él no ha visto nada.

—Nada de nada —asintió el anciano, pese a que acababa de prometer que se estaría callado.

Evelyn miró el arma que sostenía Timothy.

—¿Y esa escopeta...?

—Es mía —respondió Donald.

—No pregunto de quién es, sino para qué la llevan.

—Soy aficionado a la caza.

—¿Y hay caza en el lago Hunt...? Yo siempre creí que lo que hay en los lagos es pesca.

Donald emitió una tosecita.

—A veces se deja ver algún conejo por entre los árboles que rodean el lago.

—Ya.

Timothy Cox se dejó oír de nuevo:

—Yo vi uno esta noche, señorita Anderson.

—¿Un... conejo?

—Sí. Y la mar de hermoso, por cierto. Medía por lo menos dos metros.

Evelyn abrió mucho los ojos.

—¿Dos metros de largo...?

—No, de alto.

—¡De alto...!

—Sí, señorita.

—¡Entonces no sería un conejo, Timothy!

—Oh, sí, era un conejo, señorita Anderson. Gigantesco, pero conejo. Aunque muy raro, eso sí. No tenía pelo, sino escamas.

—¿Escamas...? —parpadeó Evelyn.

—Sí, como los peces. Pero no era un pez, sino un conejo, como ya le he dicho. Aunque tampoco tenía cara de conejo, sino de sapo.

—¿Cara de sapo...?

—Sí, señorita. Pero no era un sapo, sino un conejo, como acabo de decirle. Aunque...

Evelyn se llevó una mano a la frente.

—Me está usted liando, Timothy...

—El doctor Baker tiene la culpa. Si no tuviera tanto interés en cazar ese gigantesco y extraño conejo...

—Basta ya, Timothy —ordenó Donald Baker, mirando al viejo con severidad.

—Callado me quedo —prometió de nuevo el anciano.

Donald miró a Evelyn Anderson.

—Olvide todas las tonterías que acaba de oír, señorita Anderson. Timothy bromeaba.

—¿Seguro que bromeaba, doctor...?

—Claro. Lo que él vio hace poco más de una hora, era un conejo normal y corriente. Cuando lo cacemos, se lo llevaré para que lo vea.

—Sí, por favor. Me sentiré más tranquila.

—¿Se encuentra ya bien del todo?

—Sí, puede usted soltarme, doctor —sonrió débilmente Evelyn.

Donald soltó la cintura de la joven.

Walter Jackman, que llevaba mucho tiempo sin decir nada, tomó a Evelyn del brazo y la llevó hacia el otro lado del "Dodge Dart".

—Suba al coche, señorita Anderson. Ustedes dos suban detrás, doctor —indicó.

Se introdujeron los cuatro en el auto.

El abogado lo puso en marcha.

Ninguno de los cuatro se decidía a hablar, aunque el viejo Timothy lo estaba deseando, pero temía una nueva reprimenda del doctor Baker.

Minutos después divisaban el lago y la magnífica casa.

Timothy miró hacia el lugar donde él había montado la tienda.

Dio un fuerte respingo y galleó:

—¡Mire, doctor! ¡Mi tienda de campaña está destrozada...!

CAPITULO 07

PARE el coche, señor Jackman —rogó Baker.

El abogado detuvo el automóvil.

Donald cogió su escopeta, abrió la portezuela y descendió del "Dodge Dart".

—Quédense todos en el coche —indicó.

—¡No sea loco, doctor Baker! ¡El monstruo le hará pedazos! —advirtió Timothy Cox.

Donald lo miró duramente.

—El conejo gigante, quise decir... —se apresuró a rectificar el viejo.

—Guarde silencio, Timothy —ordenó Donald.

—Me estaré más callado que un muerto, pero no vaya usted al encuentro de esa "cosa". Destrozó mi tienda de campaña y también le destrozará a usted.

Evelyn Anderson, pálida como un cadáver, apoyó el ruego del anciano.

—Timothy tiene razón, doctor Baker. No debe usted ir.

—Tengo mi escopeta, señorita Anderson.

—Puede que no le sirva de nada —rezongó Timothy.

—Iré con usted, doctor Baker —dijo Walter Jackman, haciendo ademán de descender del auto.

—No es necesario, señor Jackman.

—Tengo que saber qué ocurre aquí, doctor. Usted y Timothy se han comportado de un modo muy raro desde que les encontramos en el camino. Y las cosas que dijo Timothy...

—Tonterías, señor Jackman. No dijo más que tonterías.

—Díganos toda la verdad, doctor Baker —rogó Evelyn—. Más

aterrorizada de lo que estoy en estos momentos, no creo que pueda estar.

—Sí, hable claro, doctor Baker —pidió también Walter Jackman—. Será mejor para todos.

—Yo opino igual, doctor —dijo Timothy—. El señor Jackman y la señorita Anderson tienen derecho a saber lo que me ocurrió esta noche, al poco de acampar junto al lago.

Evelyn lo miró.

—¿Qué le ocurrió, Timothy?

—¿Puedo contarle, doctor? —consultó el viejo, que estaba deseando hacerlo.

Donald Baker dio un suspiro.

—Adelante, Timothy. Pero sin dramatizar, ¿eh? Si la señorita Anderson se desmaya por su culpa, le arrancaré las patillas a tirones, queda usted advertido.

El anciano se palpó ambas patillas.

—Lo tendré en cuenta, doctor —murmuró.

Seguidamente, Timothy Cox empezó a contar lo sucedido.

La aparición del horrible monstruo...

Cómo se libró de caer en sus poderosas garras...

Cómo se burlaron de él en la cantina de Brock, cuando les dijo a los allí presentes que había visto al monstruo del lago Hunt...

Y por qué él y el doctor Baker habían vuelto al lago.

Evelyn Anderson no se desmayó, aunque estuvo a punto de hacerlo cuando el viejo Timothy describió, con todo detalle, al espeluznante ser.

Temblaba como un flan, la pobre, al término del relato.

—Qué horror, Timothy... —musitó, con un hilo de voz, al tiempo que cerraba los ojos un instante.

—Por favor, señorita Anderson, siga usted despierta o me quedaré sin patillas —suplicó el anciano, dándole unas cariñosas palmaditas en

la mejilla.

Walter Jackman, muy impresionado también, miró a Donald Baker.

—Usted no lo cree, ¿verdad, doctor?

Donald, que mientras Timothy relataba lo sucedido, no había dejado de mirar atentamente el lago, respondió:

—No, no creo en la existencia de ese monstruo, señor Jackman.

—Yo tampoco. Pero algo o alguien ha tenido que destrozar la tienda de campaña... —observó el abogado.

—El monstruo —dijo Timothy—. Debió enfurecerle mucho que yo lograra escapar, y lo pagó la tienda y el resto de mis cosas.

—Admito la existencia de alguna fiera, Timothy, pero no de ese monstruo tan fantástico que usted describe —insistió Donald.

—¿Y de dónde me lo he sacado yo, vamos a ver? —se enfadó el anciano—. ¿Cómo podría describirlo con tanto detalle, si no lo hubiese tenido ante mis narices?

—Eso es verdad, doctor Baker... —murmuró Evelyn, que seguía pálida y temblorosa.

—Timothy tiene mucha imaginación.

—¡Timothy tiene un cuerno! —rugió el viejo.

—Pues hágalo sonar, que empieza la cacería —sonrió Donald, y comenzó a alejarse del coche.

—¡Esperé, doctor Baker! —rogó Walter Jackman, saliendo del automóvil.

Donald se detuvo.

—Prefiero que se quede en el coche, señor Jackman.

—No, iré con usted. Puede necesitar ayuda.

—¡Y nosotros también, como aparezca el monstruo por la retaguardia! —galleó Timothy.

—¡Es cierto, Timothy! —gimió Evelyn—. Será mejor que vayamos con ellos. Así estaremos todos juntos.

—¡También estaríamos todos juntos si ellos no se marchasen! —repuso el viejo.

—Pero se van...

—Y quién sabe si volverán...

—Yo voy con ellos, Timothy —decidió Evelyn, y salió rápidamente del coche, reuniéndose con Donald y Walter Jackman.

—¡Maldita sea la...! —refunfuñó el anciano, pero descendió también del coche—. ¡Eh, esperen, que yo también voy!

—El monstruo se alegrará de volver a verle, Timothy —bromeó Donald.

—¡Mófese usted cuanto quiera, doctor, pero como aparezca el monstruo...!

—Se lo carga usted de una pedrada y en paz. ¿No dijo eso en la cantina de Brock?

—¡Porque entonces yo no creía en la existencia del monstruo! ¡Ahora que sé que existe, y lo grande que tiene la cabeza, le aseguro a usted que haría falta arrojarle un adoquín! ¡Y aun así puede que sólo le hiciera cosquillas!

A Evelyn Anderson se le escapó un gemido.

—Cállese, Timothy, por favor —rogó.

—¿No dijo usted que ya no podría aterrorizarse más de lo que estaba...?

—Eso creía yo, pero...

—El terror no tiene límites, lo sé —suspiró el viejo.

—Será mejor que guardemos todos silencio —opinó Donald—. Así, si se produce algún ruido, podremos oírlo.

Nadie volvió a hablar.

Caminaban despacio, procurando no causar ruido con sus pisadas.

Donald Baker iba delante, con la escopeta presta a ser utilizada.

Un metro más atrás, iba Walter Jackman.

Tras el abogado, Evelyn y Timothy.

Inconscientemente, la joven tomó la mano del viejo y la apretó.

Timothy, a su vez, apretó la de la muchacha.

Caminaban los dos tan juntos, que sus hombros se tocaban.

Llegaron al lugar donde Timothy montara su tienda.

Todo estaba destrozado.

La pequeña tienda de campaña, las cañas de pescar, la cesta de la comida, la lámpara de gas, la banqueta plegable...

El fuego que encendiera a Timothy estaba apagado, y las ramas esparcidas.

—Qué destrozo, madre —murmuró Timothy, estremeciéndose.

—Observe las varillas de la tienda, doctor Baker —indicó Walter Jackman—. Están dobladas de un modo que...

—Que parece que las dobló un hombre fuerte con sus manos... —musitó Evelyn.

—El monstruo las dobló —dijo Timothy—. Tiene brazos, tiene manos, y tiene la fuerza no de un hombre fuerte, sino de media docena de hombres fuertes. Si quieren un buen consejo, amigos, larguémonos cuanto antes de aquí, o aparecerá el monstruo y nos dejará peor que a las varillas.

—Timothy... —gimió débilmente Evelyn, triturando materialmente la mano del viejo.

—Ya tiene complejo de varilla, ¿verdad? No se avergüence, yo también lo tengo.

Donald Baker dirigió una severa mirada al viejo.

—¿Dónde exactamente vio usted a esa "cosa", Timothy? —inquirió.

—Ahí, en la misma orilla del lago —señaló el anciano, extendiendo el brazo.

Justo en el instante en que Timothy Cox alargaba su brazo, se escuchó un chapoteo.

—¡El monstruo...! —chilló el viejo, sintiendo que se le ponían de punta hasta los pelos de las cejas.

Soltó la mano de Evelyn y saltó como un chimpancé sobre la espalda de Walter Jackman, cuyo cuello cercó con sus brazos.

A Evelyn Anderson también se le había erizado el cabello.

Y toda la piel de su cuerpo.

Influenciada sin duda por lo que acababa de hacer el viejo Timothy, y presa del más infinito terror, la joven pegó un salto felino y cayó sobre la ancha espalda de Donald Baker, a cuyo cuello se aferró con la desesperación propia de quien se siente desfallecer de pánico.

—¡El monstruo...! —chilló ella también, aunque no lo veía por ninguna parte.

Tampoco Timothy lo había visto.

Ellos dos, al igual que Donald Baker y Walter Jackman, sólo habían oído el chapoteo.

Timothy pensó que era el monstruo que emergía del lago, y por eso chilló y montó al abogado.

Evelyn, por su parte, pensó que el viejo había visto al monstruo, y por eso chilló también y montó al doctor Baker.

Pero el chapoteo no había sido causado por el monstruo al emerger del lago, sino por una simpática y regordeta rana, la cual se quedó quieta en la orilla, sobre la húmeda hierba, observando fijamente a los cuatro personajes.

—¡Croac! ¡Croac! ¡Croac! —cantó la rana, en honor de los visitantes.

Donald Baker miró a Timothy Cox.

—¿Es éste el horrible monstruo del lago Hunt, Timothy...? —dijo, irónico.

El viejo no supo qué responder.

—¡Croac! ¡Croac! ¡Croac! —volvió a cantar la rana.

Timothy le disparó un furioso salivazo y faltó muy poco para que acertara.

La simpática rana, asustada, se tiró de cabeza al agua y desapareció, causando otro chapoteo.

Donald rio.

—Vamos, Timothy, bájese de ahí, que el señor Jackman no es un caballo de carreras. Y lo mismo le digo a usted, señorita Anderson. No es que me moleste tenerla sobre mi espalda, pero...

Timothy y Evelyn "descabalaron", avergonzados, mientras Walter Jackman reía las palabras de Donald Baker.

—¡Condenada rana! —barbotó Timothy—. ¡Ojalá le hubiera acertado con mi lanzamiento!

—¿Sabe usted que es un experto "jockey", Timothy? —bromeó el abogado—. Me montó con un estilo impecable.

El viejo pegó un manotazo al aire.

—Oh, vamos, no se burle usted también, señor Jackman. Lamento haber saltado sobre sus espaldas, pero...

—Yo también lo lamento, doctor Baker —dijo Evelyn, retorciéndoselas manos—. No sé cómo pude...

Donald sonrió.

—No tiene importancia, señorita Anderson.

—Qué vergüenza, Dios mío —musitó la joven, bajando la cabeza.

Donald la tomó del brazo.

—Regresemos al coche. La fiera que destrozó todo esto no debe de andar ya por aquí, pues de lo contrario nos hubiera atacado. De todos modos, mañana, a la luz del día, Timothy y yo daremos una batida por los alrededores del lago.

El viejo respingó.

—¡Conmigo no cuente para batir nada, doctor! —hizo saber.

Donald no respondió.

—Vamos, señorita Anderson —indicó.

Caminaron los cuatro hacia el "Dodge Dart".

No lejos de ellos, un par de ojos grandes y redondos, de párpados caídos, seguían todos sus movimientos.

Los ojos del monstruo del lago Hunt.

CAPITULO 08

AL oír sonar el timbre, Claudia Belmont arrugó el entrecejo. Sabía de quién se trataba.

Walter Jackman y Evelyn Anderson.

El abogado le había telefonado desde Londres, anunciándole su llegada y la de la sobrina del difunto Chester Horton.

Maldita la gracia que le había hecho a ella.

No sentía el menor deseo de conocer a la afortunada heredera.

Es más, la odiaba.

Y todo por culpa de Chester Horton.

Este jamás debió nombrar heredera a otra persona que a ella, Claudia Belmont.

Ella se lo había ofrecido todo.

Chester Horton gozó cuantas veces quiso de su espléndido cuerpo.

Y hasta cuando no tenía demasiadas ganas, pues ella se encargaba de despertárselas.

Pero todo había sido inútil.

Chester Horton no sólo no accedió a casarse con ella, sino que la olvidó por completo a la hora de redactar su testamento, y se lo dejó todo a su sobrina Evelyn.

Condenada Evelyn...

¿Qué diablos había hecho ella por su tío?

Nada.

Absolutamente nada.

Pero ahora sí iba a hacer algo: vender la magnífica casa que él le había dejado y volverse a Nueva York con un buen montón de miles de libras esterlinas.

¿Cómo diablos, pues, podía sentir simpatía hacia ella?

¡Lo que sentía era deseos de ponerle un veneno en la sopa o en el café!

¡Y puede que lo hiciera!

Claudia Belmont notó que se excitaba.

Hizo un esfuerzo por serenarse y acudió a abrir.

Quedó bastante sorprendida al ver que, además del abogado y de la joven neoyorquina, estaban el doctor Baker y el viejo Timothy.

Entraron los cuatro en la casa.

Walter Jackman se apresuró a presentarle a Evelyn al ama de llaves de su difunto tío.

La que denotó sorpresa ahora fue Evelyn, quien pensó: "¿Dónde se guardará esta explosiva pelirroja el manojo de llaves, en el escote?".

—No me la imaginaba tan joven, Claudia —dijo, mientras estrechaba la mano que ella, con cierta frialdad, le ofrecía.

—¿Por qué? —repuso Claudia, sin esbozar siquiera una sonrisa.

—Bueno, yo siempre creí que las amas de llaves eran...

—Mujeres de edad, altas, delgadas, y con cara de sargento, ¿no es eso? —adivinó Claudia, sarcástica.

—Pues, sí —sonrió Evelyn.

—Ya ve que estaba equivocada, señorita Anderson. No soy vieja, tengo una estatura normal, los kilos justos, y mi cara no se parece en nada a la de un sargento.

—Por supuesto que no, Claudia.

Se produjo un embarazoso silencio.

Walter Jackman carraspeó y dijo:

—Claudia, ocúpese usted de mostrar la casa a la señorita Anderson. Yo, mientras tanto, llevaré al doctor Baker y a Timothy a Paverton. Ambos iban en el coche de Timothy, pero se les estropeó, a unos quince kilómetros de aquí —explicó.

—Muy bien, señor Jackman —asintió el ama de llaves. Donald y Timothy se despidieron de Evelyn y de Claudia y salieron de la casa, junto con el abogado.

—¡Recuerde que me prometió visitarme una tarde, doctor Baker!
—dijo Evelyn.

Donald le sonrió afectuosamente.

—No lo olvidaré, señorita Anderson.

Claudia Belmont esperó a que los tres hombres subiesen al "Dodge Dart" y éste se alejase. Entonces, cerró la puerta e indicó:

—Sígame, señorita Anderson.

—Es guapo el doctor Baker, ¿eh Claudia? —comentó Evelyn.

—Sí, no está mal —respondió la pelirroja, con indiferencia.

—¿Que no está mal...? ¡Lo que está es muy bien!

—Si usted lo dice...

—¿No le gusta a usted, Claudia?

—¿Por qué no me pregunta si yo le gusto a él?

Evelyn se detuvo y el ama de llaves la imitó, con una irónica sonrisa en los labios.

—¿Qué, no se atreve a preguntármelo, señorita Anderson?

—Por supuesto que me atrevo. ¿Le gusta usted al doctor Baker, Claudia?

—No.

Evelyn se desconcertó, porque esperaba que la respuesta de la joven y atractiva ama de llaves fuese orgullosamente afirmativa.

—¿No, Claudia...? —murmuró.

—No. ¿Se alegra, señorita Anderson?

—¿Por qué iba a alegrarme, Claudia?

—Porque es evidente que a usted sí le gusta el doctor Baker, y, en buena lógica, debe complacerle que él no se sienta atraído hacia mí,

porque así cabe la posibilidad de que se sienta atraído hacia usted.

Evelyn se ruborizó ligeramente.

—Bueno, yo no... —balbuceó.

—Sí, usted sí, señorita Anderson. Sea sincera y confíeselo. Se siente atraída hacia el doctor Baker desde el primer momento en que le vio.

Evelyn se mordió el labio inferior. Segundos después, sonreía contagiosamente y admitía:

—Sí, es cierto, Claudia. Me gusta el doctor Baker. Me gusta mucho.

—Pues lo siento por usted.

—¿Qué?

—Digo que lo siento por usted, señorita Anderson.

—¿Por qué?

—Porque no logrará conquistarle.

—¿Es... casado?

—¡Oh, no! ¡Solterísimo! —informó Claudia Belmont, riendo.

Evelyn se sintió molesta y no supo disimularlo.

—¿Por qué está usted tan segura de que no podré conquistarle, Claudia?

—Porque usted tampoco le gustará a él.

Evelyn se molestó aún más.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, apretando los dientes.

—Muy sencillo, señorita Anderson: al doctor Baker no le gustan las mujeres.

Evelyn abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quiere decir que... que le gustan los hombres...? —balbuceó.

Claudia Belmont se echó a reír.

—No, los hombres tampoco.

—¿Entonces...?

—El doctor Baker sólo piensa en su profesión.

—Pero, eso...

—Si, ya sé que no es normal. Un hombre necesita de vez en cuando la compañía de una mujer, especialmente si es joven y vigoroso, como es el caso del doctor Baker. Pero él, por lo visto, no siente esa necesidad.

—¿Nunca...?

—Nunca.

—A lo mejor es que usted no se entera, Claudia...

—Le hablo por propia experiencia, créame.

—¿Debe entender que usted intentó...?

Claudia Belmont asintió con la cabeza.

—Sí, señorita Anderson. Fui a su consultorio y le dije que sentía algunas molestias por las noches, lo cual no era cierto, porque yo duermo la mar de bien. Sólo era una excusa, para que él me reconociera.

—¿Y...?

—Me dijo que me quitara el vestido.

—Y usted se lo quitó, claro.

—El vestido y todo lo demás, para ver si así...

—¡Claudia!

—Hasta la última prenda me quité, sí —mintió la pelirroja.

—¿Y él...?

—Nada.

—¿Nada...?

—Nada de nada. Ni siquiera se inmutó. Y es lo que digo yo.

—¿Qué es lo que dice usted?

—Pues que el doctor Baker debe de estar tan acostumbrado a ver mujeres desnudas, que ya no le producen la menor excitación. Para él es lo mismo observar de cerca unos hermosos pechos femeninos que unas amígdalas buenas para extirpar. Él va a lo suyo. Y lo suyo es descubrir si las personas que acuden a su consultorio tienen algún problema en su organismo. Como yo no tenía ninguno, me ordenó que me vistiera y se acabó.

—¿No se le insinuó usted, mientras él la reconocía, Claudia?

—Oh, sí, ya lo creo. De mil formas, y a cuál de ellas más descarada. Estaba dispuesta a averiguar si era cierto o no lo que se decía del doctor Baker. Y era muy cierto, señorita Anderson. Las mujeres no le atraen en absoluto.

Evelyn exhaló un lánguido suspiro.

—Es una verdadera pena, Claudia...

—No piense más en ello, señorita Anderson. Afortunadamente, Donald Baker no es el único hombre sobre la Tierra.

—Si lo fuera, apañadas estábamos. Nuestra especie se extinguiría...

—¡Seguro! —rio Claudia Belmont, muy satisfecha, interiormente, de haber engañado a la sobrina de Chester Horton.

Ahora la joven neoyorquina no intentaría conquistar al apuesto doctor Baker.

Ella, sí.

Y estaba segura de que acabaría consiguiéndolo.

Era mucha mujer, ella.

En la primera intentona, Donald Baker ya había estado a punto de caer en sus brazos.

Caería en la segunda.

O, como mucho, en la tercera.

¡Donald Baker tenía que ser suyo!

—Ande, venga conmigo, señorita Anderson. La casa es grande, y hay mucho que ver —explicó, con una amable sonrisa.

Evelyn, entristecida, siguió al ama de llaves.

Esta le mostró toda la casa y le presentó al resto de las personas que trabajaban en ella.

La última que le mostró Claudia fue la alcoba donde ella iba a dormir, una habitación amplísima, con terraza y cuarto de baño.

Apenas ver el cuarto de baño, Evelyn, dijo:

—Voy a darme un baño, Claudia.

—Me parece una idea excelente —sonrió la astuta pelirroja.

—Y a mí me parece usted ahora mucho más simpática que antes, Claudia.

—Sí, ya sé que no fui demasiado amable con usted al principio —reconoció el ama de llaves—. Y fue una estupidez por mi parte, porque yo no tenía nada contra usted, sino contra el bribón de su tío.

—¡Claudia!

—Lo siento, pero no retiro lo de bribón, porque lo era. Menuda faena me hizo...

—Por favor, Claudia, no hable de mi tío como si él fuera un torero. Eso de que le hizo una faena, no suena demasiado bien...

—Pues me la hizo. Una faena monumental. Digna de cortar las dos orejas y el rabo.

Evelyn no pudo contener la risa.

—¿Qué le hizo tío Chester, Claudia?

—Obtuvo de mí todo cuanto quiso. Y fíjese bien que digo "todo". Yo, en cambio, no he obtenido nada de él. No quiso casarse conmigo y me olvidó en su testamento. Todo se lo dejó a usted. Esa, y no otra, fue la razón de que yo la recibiera a usted con tan poca amabilidad.

—Lo comprendo, Claudia.

—¿Le parece a usted justo lo que hizo su tío conmigo, señorita Anderson?

—No, creo que no. Si usted era para él algo más que su ama de llaves, y viendo lo joven y lo hermosa que es usted, no me cabe la menor duda de que lo era, porque mi tío se volvía loco por las mujeres hermosas, no debió olvidarla en su testamento.

—Me alegra que esté de acuerdo.

—¿Amigas, Claudia? —Evelyn le ofreció su mano.

Claudia Belmont se la estrechó, sonriendo.

—Amigas, señorita Anderson.

—Llámemme Evelyn, por favor.

—Gracias, Evelyn.

—Voy a tomar ese baño, Claudia.

—Que disfrute de él, Evelyn —dijo la pelirroja, y salió de la alcoba.

Evelyn penetró en el cuarto de baño y abrió los dos grifos de la bañera.

Mientras ésta se llenaba, la joven se desnudó completamente.

La bañera se llenó con rapidez.

Evelyn cerró los grifos y tocó el agua.

Tenía una temperatura ideal.

Evelyn levantó una pierna, para meterse en la bañera.

Fue entonces cuando escuchó un extraño ruido en la alcoba.

Como un sordo rugido.

El relato del viejo Timothy acudió a su mente al instante, y un profundo estremecimiento recorrió su cuerpo desnudo.

Evelyn atrapó la toalla de baño con mano temblorosa y se envolvió con ella, sin dejar de mirar hacia la puerta del cuarto de baño, la cual había dejado entornada.

La joven, con paso trémulo, se acercó a la puerta y la abrió.

Creyó morir de espanto al descubrir, en la puerta que daba a la

terrazza, la gigantesca y escalofriante figura del monstruo del lago Hunt.

CAPITULO 09

Sí.

Allí estaba.

Inmóvil.

Observándola con sus grandes y horribles ojos.

De párpados caídos, como relatara el viejo Timothy.

Evelyn sabía que el monstruo la miraba porque su horrible cara apuntaba hacia ella, pero nada más.

Parecía no haber vida en aquel par de enormes ojos.

Pero Evelyn sabía que la había.

En los ojos y en todo lo demás.

Y muy pronto iba a comprobarlo.

De un momento a otro, el monstruo se pondría en movimiento.

Avanzaría directo hacia ella, la atraparía con sus terribles garras y la haría pedazos...

Nada ni nadie podría impedirlo.

Aunque ella gritase con todas sus fuerzas.

Aunque echase a correr hacia la puerta de la alcoba.

El monstruo no le daría tiempo a alcanzarla.

Él estaba mucho más cerca de la puerta que ella.

De todos modos, Evelyn dudaba mucho de que pudiera echar a correr.

Su cuerpo se había quedado súbitamente frío.

Helado, más bien.

Lo tenía como agarrotado.

¿Cómo iba a poder correr, en aquejas condiciones?

Si acaso, gritar.

Y tampoco estaba muy segura de que le saliese la voz.

Pero si gritaba, Claudia sería la primera en aparecer.

¿Y qué podía hacer Claudia contra el monstruo?

Nada.

Morir a sus manos, como ella.

Esa fue la causa de que Evelyn no intentase averiguar si sus cuerdas vocales funcionaban normalmente o se hallaban paralizadas por el terror.

Ni intentó gritar, ni intentó nada.

Era absurdo, pero ésa fue su reacción: quedarse quieta y callada.

Tan quieta y tan callada como el monstruo del lago Hunt. Pero el monstruo no permaneció quieto mucho rato.

Movió sus piernas de batracio y avanzó hacia ella con poderosa zancada, los brazos extendidos hacia adelante.

El corazón de Evelyn se paró un instante.

La joven pensó que iba a desmayarse de terror.

Cerró los ojos, para ver si así se desmayaba antes.

Lo deseaba.

Deseaba desmayarse cuanto antes.

Sería lo mejor para ella.

Así no sentiría nada.

No sufriría.

Sin embargo, no se desmayó.

Siguió consciente, aunque con los ojos cerrados.

No quería abrirlos.

El monstruo ya debía estar a punto de alcanzarla.

Pronto sentiría sus garras asesinas sobre su helado cuerpo, tan solo cubierto por la toalla de baño.

Evelyn contuvo la respiración y encomendó su alma a Dios.

Pero sucedió algo extraño.

Los segundos pasaban y las garras del monstruo no caían sobre su tembloroso cuerpo.

Evelyn, que seguía con la respiración contenida, se vio obligada a respirar, porque se ahogaba por falta de aire.

No lograba explicarse por qué el monstruo no la despedazaba.

¿A qué esperaba?

¿Qué le detenía?

Evelyn abrió ligeramente un ojo.

El derecho.

Lo cerró inmediatamente, al tiempo que se le escapaba un débil gemido de terror.

¡El monstruo estaba a medio metro escaso de ella!

¡Clavado como una estaca!

¡Mirándola!

El corazón de Evelyn volvió a fallar.

Aquello duraba demasiado.

Si el monstruo no la atacaba pronto, sufriría un ataque cardíaco y se desplomaría como un saco de patatas.

Lo raro era que no se hubiese desplomado ya, con los trémulas y débiles que sentía las piernas

De pronto, Evelyn notó que alguien tiraba de la toalla que la envolvía.

¡Y ese alguien sólo podía ser el monstruo!

Evelyn abrió los dos ojos.

En efecto.

El monstruo estaba intentando, aunque torpemente, quitarle la toalla de baño.

Evelyn no tuvo fuerzas para oponerse.

Estaba demasiado aterrorizada.

La toalla se desenganchó a fuerza de tirones y resbaló hasta el suelo, dejando a la joven completamente desnuda frente al monstruo.

Este, en principio, se limitó a mirar con aquellos ojos que parecían no ver.

Pero sí debían ver, y muy bien, además, porque el monstruo ya no se conformó con mirar el bello y el esbelto cuerpo femenino, y quiso tocarlo.

Evelyn se estremeció de horror al sentir la asquerosa mano del monstruo sobre su seno izquierdo y, cerrando los ojos apretadamente, comenzó a chillar como una loca.

Ya no pensaba en nada.

Y tampoco le importaba nada

Notó que el monstruo retiraba su mano, pero no por eso dejó de gritar a pleno pulmón.

No podía hacerlo.

Era víctima de un ataque de histeria y sólo la muerte podría cerrar su boca.

Una muerte que adivinaba muy próxima.

Sin embargo, se equivocó una vez más.

El monstruo no la atacó.

Se limitó a dar la vuelta con brusquedad y caminó hacia la puerta de la terraza, por la cual desapareció.

Evelyn vio cómo la cruzaba.

Tan solo unos segundos después, la otra puerta, la de la alcoba, se

abría bruscamente y Claudia Belmont irrumpía en la habitación, alarmada.

Al ver a la joven neoyorquina sin ninguna ropa encima, y con el rostro blanco como la cal, se quedó clavada y exclamó:

—¡Evelyn!

Evelyn Anderson, que seguía con sus histéricos chillidos, apuntó la puerta de la terraza y dijo:

—¡El monstruo!

—¿Qué?

—¡El monstruo!

—¿Qué monstruo?

—¡El del lago Hunt!

—Vaya, ya veo que le han hablado de la leyenda... —suspiró la pelirroja, cerrando la puerta y acercándose a la sobrina de Chester Horton.

—¡El monstruo existe, Claudia! —gritó Evelyn.

—No diga tonterías.

—¡Lo he visto, Claudia!

—Yo sí que la estoy viendo a usted. Y con todo detalle —dijo el ama de llaves, con ironía, mientras recogía la toalla del suelo—. Vamos, cúbrase, que si bien no hace frío, tampoco hace tanto calor, como para pasearse en traje de Eva por la habitación.

—¡Fue el monstruo, Claudia!

—Y dale con el monstruo.

—¡El me quitó la toalla! ¡Y me tocó con su repugnante mano!

—¡Oiga!, ese monstruo no tiene un pelo de tonto —exclamó la pelirroja, riendo.

—¡Fue horrible, Claudia! —sollozó Evelyn, abrazándose al ama de llaves.

—Vamos, no sea niña y cálmese —dijo Claudia, palmeándole la

espalda—. La culpa de todo la tiene la persona que le habló a usted de esa ridícula leyenda. ¿Fue el señor Jackman?

—¡Sí!

—Pues no debió hacerlo. La asustó a usted tanto que ahora ya cree ver al monstruo del lago Hunt hasta en su alcoba.

—¡Lo vi, Claudia, es cierto! ¡Y el viejo Timothy también lo vio!

—¿El viejo Timothy...?

—¡Sí, esta misma noche, en el lago! ¡Le atacó, Claudia!

—Eso no se lo cree ni él.

—¡Le juro que es cierto, Claudia! ¡Timothy pudo huir, pero el monstruo destruyó su tienda de campaña y el resto de sus cosas! ¿Por qué cree usted que el doctor Baker llevaba su escopeta? ¡Para dar caza al monstruo! ¡Estuvimos los cuatro en el lago, pero no lo vimos!

Claudia Belmont, seriamente, dijo:

—Lo siento, Evelyn, pero yo no creo en la existencia de ese monstruo. Tendría que verlo con mis propios ojos para creerlo.

—¡Tiene que creer, Claudia, porque ya somos dos personas las que lo hemos visto!

La pelirroja miró hacia la terraza.

—¿Se fue por ahí? —preguntó.

—¡Sí!

—Voy a dar un vistazo.

—¡No, Claudia! ¡Puede ser peligroso!

El ama de llaves sonrió.

—Tranquila, Evelyn. No sucederá nada.

Claudia Belmont caminó decididamente hacia la terraza y salió a ella, quedando fuera del alcance visual de la joven neoyorquina.

Evelyn, envuelta de nuevo en la toalla, se mordió nerviosamente los dedos.

Tras unos segundos de absoluto silencio, escuchó un sordo ruido.

Le pareció oír también un ahogado gemido.

Después, se hizo nuevamente el silencio.

—¿Claudia...? —llamó Evelyn, haciendo un gallo con la voz.

No obtuvo respuesta.

Evelyn repitió la llamada.

Como el resultado fue el mismo, la joven se decidió a aproximarse a la terraza.

Lo hizo con paso lento y vacilante.

¿Por qué no respondía Claudia?

¿Por qué no se dejaba ver?

¿Qué fue aquel sordo ruido?

¿Quién emitió aquel ahogado gemido?

Evelyn creía tener respuesta para todas estas preguntas, pero le daba miedo responderse.

Ella pensaba que el monstruo había atacado a Claudia.

Que la había dejado inconsciente de un seco y certero golpe.

Pero tenía que asegurarse.

Venciendo el terror que la dominaba, alcanzó la puerta y se asomó a la terraza.

No vio a Claudia.

Ni al monstruo.

La terraza estaba solitaria.

—¡Claudia! —llamó Evelyn, acercándose a la balaustrada de la terraza, desde la cual se divisaba el lago.

Al asomarse a ella, descubrió a alguien caminando raudo por entre los árboles, en dirección al lago.

¡Era el monstruo del lago Hunt!

¡Y llevaba una mujer en brazos!

¡Una mujer desvanecida!

—¡Claudia...! —chilló Evelyn, horrorizada, porque sabía que aquella mujer que se llevaba el monstruo hacia sus dominios, era Claudia Belmont.

CAPITULO 10

AL llegar al lugar donde se averió el motor del viejo "Chrysler" de Timothy Cox, Walter Jackman detuvo su "Dodge Dart".

—En el maletero encontrará una cuerda, Timothy —indicó el abogado—. Ate su coche al mío y lo remolcaremos hasta Paverton.

—Oh, gracias, señor Jackman.

El viejo Timothy descendió del "Dodge Dart" y lo preparó todo en un par de minutos, sentándose a continuación al volante de su "Chrysler".

—¡Listo, señor Jackman!

El abogado puso nuevamente en movimiento su automóvil.

Minutos después, entraban en Paverton.

Walter Jackman paró su coche frente al taller de reparaciones, el cual era propiedad del guasón de Herbert.

El taller, lógicamente, permanecía cerrado.

El viejo Timothy salió del "Chrysler" y desenganchó la cuerda que unía ambos coches, la cual guardó en el maletero del "Dodge Dart".

Donald Baker descendió del coche del abogado, sin olvidar su escopeta.

—Gracias por traernos, señor Jackman.

—Ha sido un placer, doctor.

—Y gracias también por remolcar mi viejo cacharro —dijo Timothy.

—No hay de qué, Timothy.

El abogado puso el motor en marcha.

—Hasta la vista, amigos.

El "Dodge Dart" se puso en movimiento y comenzó a alejarse.

Donald Baker se colgó la escopeta a nombro.

—Le invito a una copa, Timothy.

—¿En la cantina de Brock? —preguntó el anciano, frunciendo el ceño.

—En mi casa.

—Ah, entonces acepto. Si fuera en la cantina de Brock, le diría que no. Ya se han burlado bastante de mí por esta noche.

—Vamos.

Echaron los dos a andar.

Cuando estaban a sólo unos metros de la casa de Donald, vieron salir de la cantina a Albert Gold, el farmacéutico.

Este les vio también y se acercó a ellos, sonriente.

—¿De dónde vienen, doctor? —preguntó.

—Del lago Hunt —respondió Donald.

—¿Vieron al monstruo?

—No.

—¡Pero existe! —dijo Timothy, enfadado, porque había ironía en el rostro del farmacéutico—. ¡Destrozó mi tienda de campaña y el resto de mis cosas! ¡El doctor Baker te lo confirmará, Albert!

Albert Gold miró a Donald Baker, sin la menor ironía ya en su cara.

—¿Es cierto, doctor...?

—Que la tienda de campaña y todo lo demás está destrozado, sí —asintió Donald—. Pero no sabemos qué o quién lo destrozó.

—¡El monstruo! —dijo Timothy.

—Debió ser cosa de algún animal salvaje, Albert. Mañana por la mañana volveremos al lago y trataremos de encontrar algún rastro de él.

—¡Volverá usted, doctor, porque lo que es yo...!

—Si Timothy no quiere ir con usted, yo le acompañaré, doctor — se ofreció el farmacéutico—. También yo tengo una escopeta.

Donald miró al viejo.

—¿Se da cuenta, Timothy?

—¿De qué? —gruñó el anciano.

—De la diferencia que hay entre un valiente y un...

—¡No vuelva a llamarme gallina, doctor!

—¿Quién le ha llamado gallina?

—¡Usted iba a llamármelo!

—No es verdad.

—¡Ya me lo llamó una vez!

—Es verdad.

—¡Pues que no se repita!

—No tema, no se repetirá. Usted se queda en Paverton y Albert vendrá conmigo al lago Hunt. ¿De acuerdo, Albert?

—De acuerdo, doctor —sonrió al farmacéutico—. Aunque Timothy cambie de parecer, y decida acompañarle, yo iré con usted.

—¡Me parece que Timothy no cambiará de parecer! —dijo el anciano.

Donald Baker y Albert Gold rieron.

El primero dijo:

—Timothy y yo vamos a tomar una copa en mi casa. ¿Nos acompaña usted, Albert?

—¡Encantado! —aceptó el farmacéutico.

Entraron los tres en la casa.

Justo en el instante en que Donald cerraba la puerta, el teléfono empezó a sonar.

—Veamos quién es —dijo Donald, caminando hacia el aparato.

Descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga...? Sí, soy el doctor Baker. ¿Qué ocurre, Tom? ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Que la señorita Anderson se ha vuelto loca y Claudia Belmont ha desaparecido...? Pero... Sí, ahora mismo salgo hacia ahí. El señor Jackman está en camino. El llegará unos minutos antes que yo. Que se ocupe de la señorita Anderson y procure tranquilizarla. Yo llegaré lo antes posible.

Donald colgó el auricular y fue por su maletín.

—Algo ha pasado en la casa del difunto Chester Horton —dijo, cuando regresó con el maletín—. ¿Viene usted, Albert?

—¡Desde luego!

—Vaya por su escopeta, por si acaso —indicó Donald.

—¡Bien!

El farmacéutico salió disparado de la casa.

—¿Usted, Timothy...? —preguntó Donald.

—¿Yo qué?

—¿Viene o se queda?

—Hombre, si cree usted que puedo servir de algo, doctor...

—De mucho.

—Entonces, les acompaño.

Donald sonrió.

—Así me gusta, valiente.

—¡Sin pitorreo, doctor!

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Salieron los dos rápidamente de la casa.

Donald sacó su coche del garaje.

Era un "Fiat 126", de color verde oliva.

—¡Suba, Timothy!

El viejo abrió la portezuela y se sentó junto a él.

Albert Gold ya venía corriendo, con su escopeta al hombro.

Se sentó en el asiento de atrás.

Donald puso el coche en movimiento.

Pisó el acelerador con ganas.

—¡Que nos la pegamos, doctor...! —galleó el viejo Timothy, muy asustado por la vertiginosa velocidad con que viajaban.

—Tranquilo, Timothy —sonrió Donald.

—El doctor Baker es un experto conductor —dijo Albert Gold.

—¡Mejores que él se estrellaron, Albert! —repuso el anciano.

—Nosotros no nos estrellaremos, no se preocupe —aseguró Donald.

El "Fiat" siguió rodando a gran velocidad.

Pocos minutos después estaban ante la casa del difunto Chester Horton.

Salieron los tres rápidamente del coche.

No hubo necesidad de llamar a la puerta.

Estaba abierta y Tom, el cocinero, un hombre de mediana edad, bajo y grueso, que era quien había telefoneado a Donald, les aguardaba.

—¡De prisa, doctor Baker! —rogó Tom—. ¡El señor Jackman no consigue calmar a la señorita Anderson, y ella no deja de gritar y de decir cosas raras!

—¿Dónde está? —preguntó Donald.

—¡En el salón!

Donald corrió hacia el salón, seguido del viejo Timothy y de Albert Gold.

Segundos después, penetraban los tres en él.

Evelyn Anderson se hallaba tendida en el sofá, envuelta todavía

en la toalla de baño, y su cuerpo sufría continuas y violentas convulsiones.

Walter Jackman y Marta, la sirvienta, esposa del cocinero, atendían a la joven.

Evelyn, al ver aparecer a Donald Baker, saltó del sofá como impulsada por un resorte y corrió hacia él, echándose en sus brazos, mientras gritaba histéricamente:

—¡El monstruo se ha llevado a Claudia, doctor Baker!

CAPITULO 11

ANTES de que Albert Gold se diera cuenta, ya tenía al viejo Timothy en brazos y cogido a su cuello.

—¡El monstruo...! ¡Dice que el monstruo se ha llevado a Claudia...! —chilló el anciano.

—¡Timothy tenía razón, doctor! ¡El monstruo del lago Hunt existe! ¡Es como él lo describió! —gritó Evelyn Anderson.

—Cálmese, Evelyn —rogó Donald Baker, llamando a la joven por su nombre.

—¡Yo lo vi, doctor! ¡Estuvo en mi alcoba! ¡Entró por la terraza!

—Evelyn...

—¡Fue horrible, doctor! ¡Pensé que el monstruo iba a destrozarme!

—¿Le causó algún daño?

—¡No, apenas llegó a rozarme con su repugnante mano! ¡Yo me puse a chillar con todas mis fuerzas al sentir su asquerosa zarpa sobre mi piel! ¡El monstruo dio entonces media vuelta y desapareció por la terraza!

—¿Y Claudia...?

—¡Ella acudió alarmada por mis gritos, pero el monstruo ya se había ido! ¡No quiso creer que el monstruo del lago Hunt había estado allí! ¡Sin embargo, salió a la terraza, a dar un vistazo! ¡Yo le aconsejé que no lo hiciera, pero no me hizo caso! ¡Salió... y desapareció!

—¿Cómo sabe que se la llevó el monstruo?

—¡Al ver que Claudia no regresaba, ni respondía a mis llamadas, me armé de valor y también yo salí a la terraza!

¡Desde ella vi correr al monstruo por entre los árboles, en dirección al lago! ¡Y llevaba en brazos, desvanecida, a Claudia!

Sobrevino un profundo silencio, sólo roto por la agitada respiración de Evelyn Anderson.

Donald, por encima del hombro de la muchacha, que seguía fuertemente abrazada a él, miró a Walter Jackman.

El abogado no hizo ningún comentario.

Parecía muy impresionado.

También Albert Gold estaba impresionado.

Y Tom, el rollizo cocinero.

Y Marta, su esposa, no menos rolliza que él.

El viejo Timothy, que no tenía ninguna prisa por bajarse de los brazos del farmacéutico, gimió

—¡Pobre Claudia...! ¡El monstruo la hará pedazos!

—¿Por qué hemos de pensar eso? —repuso Donald—. Si el monstruo, de cuya existencia parece absurdo seguir dudando, quisiera matar a Claudia, no se habría tomado la molestia de llevársela al lago. La hubiera matado en la terraza. Y a Evelyn también, en su alcoba. Sin embargo, no le causó el menor daño.

—Eso es verdad... —convino Walter Jackman—. El monstruo del lago Hunt, de cuya existencia yo tampoco dudo ya, no tiene por qué ser necesariamente un asesino. Y de hecho no lo es, pues no mató a la señorita Anderson. Quizá tampoco le haga ningún daño a Claudia.

—¿Y por qué se la llevó? —observó Albert Gold, a quien tampoco parecía molestarle demasiado el tener en brazos al viejo Timothy, pues no lo soltaba.

—¡Buena pregunta, Albert! —exclamó Timothy.

—Habría que estar en la piel del monstruo para responder a eso, señor Gold —repuso el abogado.

—Lo averiguaremos —dijo Donald.

—¿Cómo? —preguntó Timothy, con gesto de temor, porque adivinaba la respuesta.

—Yendo al lago.

—¡Lo que me temía! —gimió el anciano, cerrando los ojos un instante.

—El difunto señor Horton tenía una escopeta. Voy por ella —dijo Walter Jackman, y abandonó el salón.

Albert Gold miró socarronamente al viejo Timothy.

—¿Qué te parece si te bajas, Timothy?

—¿Por qué? Estoy muy bien aquí arriba. Además, peso poco —rezongó el viejo.

El farmacéutico bajó los brazos de golpe y Timothy Cox dio con sus huesos en el suelo.

—¡Ay! —gritó, arrugando más su ya de por sí arrugada cara.

—¿Te has pinchado, Timothy...? —rio Albert Gold.

—¡Me he...!

—No sueltes palabrotas, que no estás en la cantina de Brock.

El viejo hizo caso y no acabó la frase, limitándose a mascullar algo ininteligible, mientras se ponía en pie.

—¿Se encuentra mejor, Evelyn? —preguntó Donald.

—Un poco —respondió ella, borrando de sus labios la sonrisa que había arrancado la cómica caída del viejo Timothy.

—Sería conveniente que le inyectase un sedante. Eso la relajaría.

—Lo único que puede relajarme es dejar esta casa. Lléveme a Paverton, doctor Baker.

—Primero, hemos de encontrar a Claudia.

—Sí, claro. Ojalá la encuentren.

—La encontraremos, no lo dude. Y con vida, ya verá.

—Pobre Claudia... Cuando se despierte, y se vea en poder de ese horrible monstruo... —Evelyn se estremeció visiblemente.

—¿Por qué se la llevaría a ella? A usted la tuvo a su alcance primero...

—Sí, yo también me he hecho la misma pregunta. Y sólo tengo una respuesta: ella le gustó más que yo.

Donald puso una cara muy rara.

—¿Que le gustó...?

—Sí, doctor. Al monstruo del lago Hunt le gustan las mujeres. No le he contado lo que hizo conmigo, pero...

—¿Qué hizo con usted, Evelyn?

La joven se mordió los labios.

—Apareció en mi alcoba en el instante en que yo iba a meterme en la bañera. Esa es la razón de que sólo me cubra con una toalla...

—¿Y...?

—El monstruo me quitó la toalla y quedé completamente desnuda ante él. Entonces alargó su zarpa y la puso sobre mi pecho... En ese instante empecé a chillar, muerta de horror y de asco.

—Entonces, lo único que el monstruo quería era acariciar su cuerpo...

—Sí, esa impresión me dio.

—Qué extraño.

—Para usted, tal vez —repuso Evelyn, recordando todo lo que le había contado Claudia sobre Donald Baker, y que ella había creído.

—No la entiendo.

—No lo intente, no vale la pena.

En aquel momento regresó Walter Jackman, con la escopeta del difunto Chester Horton.

—Podemos irnos cuando quiera, doctor.

—En marcha, señor Jackman —respondió Donald, soltando a Evelyn.

—¡Un momento! —exclamó la joven.

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

—¡No quiero quedarme sola, doctor Baker!

—No se queda sola, Evelyn. Tom y Marta se quedan con usted.

—¡Pero ellos no tienen armas!

—¡Yo tengo un tirachinas, señorita Anderson! —exclamó Timothy, que prefería quedarse en la casa.

Era cierto.

El viejo tenía un tirachinas.

Lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón y lo mostró a todos.

Evelyn, pese a la tensión del momento, no pudo reprimir una sonrisa.

—Qué arma tan temible, Timothy —dijo, con ironía.

—Bueno, si se sabe utilizar... —carraspeó el anciano.

—Apuesto a que si el monstruo vuelve por la casa, mientras ellos le buscan en el lago, echa a correr despavorido al ver el tirachinas.

Timothy Cox dio un respingo.

—¡Diablos, no había pensado en esa posibilidad! ¡Tampoco en la casa estaríamos seguros!

Donald Baker intervino:

—Tengo una idea, Evelyn. Usted, Timothy, Tom y Marta, regresen a Paverton en mi coche. Estarán más seguros allí.

—Bien pensado, doctor Baker —aprobó Walter Jackman.

—¡Extraordinariamente bien pensado! —exclamó el viejo Timothy, que deseaba hallarse lo más lejos posible del lago y del espeluznante monstruo que habitaba en él.

—Vamos, no perdamos más tiempo —apremió Donald—. ¿Dónde tiene su ropa, Evelyn?

—Arriba, en mi alcoba.

—Yo se la traeré.

—Voy con usted, doctor.

—¿Ya no tiene miedo...?

—A su lado, menos —sonrió Evelyn.

—De acuerdo, vamos. Volveremos en seguida, señor Jackman.

—Aquí les esperamos, doctor.

Donald y Evelyn abandonaron el salón y subieron al piso alto.

El médico empuñaba firmemente su escopeta, por si las moscas.

Entraron en la alcoba que Claudia destinara a Evelyn.

—Vístase, Evelyn, rápido.

La joven penetró en el cuarto de baño, donde continuaba toda su ropa. Dejó la puerta entornada y procedió a vestirse.

Lo hizo en un tiempo récord.

—Ya estoy, doctor —dijo, saliendo del cuarto de baño.

Donald la miró de un modo extraño.

—¿Sabe una cosa, Evelyn?

—¿Qué?

—Me gustaba usted más con la toalla.

—¡Doctor...! —exclamó la joven, perpleja, porque aquello era un piropero como la copa de un pino.

—Vamos, no se entretenga —apremió Donald, cogiéndola del brazo y tirando de ella.

Regresaron al salón.

Segundos después, salían todos de la casa.

Timothy se sentó al volante del "Fiat" de Donald, al cual subieron también Evelyn, Tom y Marta.

Cuando el coche arrancó, Donald Baker, Walter Jackman y Albert Gold echaron a andar hacia el lago, con las escopetas a punto.

CAPITULO 12

AVANZABAN con los ojos bien abiertos y el oído alerta.

El monstruo podía aparecer de pronto, por detrás de un árbol o de un arbusto, y caer sobre ellos sin darles tiempo a utilizar las armas.

No.

No podían dejarse sorprender.

En una lucha cuerpo a cuerpo, el monstruo llevaría todas las de ganar, dada su corpulencia y su tremenda fuerza.

Donald Baker, Walter Jackman y Albert Gold continuaron avanzando, sin prisa, pero sin pausa.

El monstruo tenía una gran ventaja sobre ellos.

Sin duda les estaba viendo acercarse, oculto en algún lugar.

Ellos, en cambio, no sabían dónde estaba el monstruo.

Y seguramente no lo sabrían hasta que él decidiese dejarse ver.

Estaban ya muy cerca del lago.

De pronto, Donald Baker se detuvo y alargó el brazo.

—¡Miren!

Walter Jackman y Albert Gold se detuvieron también, sobresaltados, y miraron hacia donde apuntaba el brazo del médico.

—¡Es Claudia! —exclamó el abogado.

—¡Está tendida en el suelo y tiene el vestido destrozado! —observó el farmacéutico.

—¡Corramos, doctor! —dijo Walter Jackman.

—¡Quietos! —ordenó Donald, cogiendo al abogado por el brazo—. Debemos obrar con cautela, amigos. Claudia Belmont está allí, es cierto. Y puede que el monstruo esté muy cerca de ella. Esperándonos.

—El doctor Baker tiene razón, señor Jackman —opinó Albert

Gold—. Claudia puede ser una especie de cebo puesto por el monstruo. Una hábil trampa, en la que quiere hacernos caer.

—Exacto —dijo Donald.

—¿Qué hacemos, entonces...? —inquirió el abogado.

—Acercarnos a Claudia, pero con precaución y vigilando atentamente —respondió Donald—. El monstruo puede surgir de un momento a otro. Si surge, disparen contra él. Sin dudarle un segundo.

—Yo no dudaré, puede estar seguro —repuso Walter Jackman.

—Ni yo —dijo Albert Gold, curvando el dedo sobre el gatillo de su escopeta.

—Adelante —indicó Donald.

Caminaron los tres hacia el lugar donde yacía Claudia Belmont.

¿Inconsciente?

¿Muerta?

No tardarían en averiguarlo, porque estaban ya a sólo unos metros de ella.

De pronto, se escuchó un rugido.

Sordo.

Extraño.

Estremecedor.

Los tres hombres movieron sus escopetas nerviosamente, porque no sabían dónde apuntar exactamente.

No veían al monstruo.

—El rugido vino de allí —dijo Walter Jackman, apuntando hacia un lugar distinto.

—Pues yo juraría que... —murmuró el farmacéutico.

—Silencio —ordenó Donald.

Jackman y Gold enmudecieron.

Fueron transcurriendo los segundos y el monstruo no aparecía.

Ni siquiera rugió de nuevo.

El muy astuto no quería delatar su posición.

En vista de que el monstruo no se decidía a atacarlos, Donald Baker indicó:

—Acerquémonos más a Claudia. Muy despacio.

Así lo hicieron.

Llegaron junto a ella sin que el monstruo del lago Hunt diera nuevas señales de vida.

Donald se acuclilló y tomó la muñeca de la pelirroja.

—No está muerta, sólo desvanecida —informó.

—Menos mal —suspiró Walter Jackman.

—¿Tiene alguna herida, doctor? —preguntó Albert Gold.

—No, ninguna —respondió Donald, observando el cuerpo de Claudia, prácticamente visible en su totalidad, pues el vestido lo tenía roto de arriba abajo y abierto.

También el reducido sujetador.

Y el breve pantaloncito.

El monstruo había querido explorar a fondo el cuerpo de la pelirroja, no cabía duda.

Donald se irguió, se despojó de la chaqueta y la echó sobre la desvanecida Claudia Belmont.

—Cójala en brazos y larguémonos, doctor —indicó Jackman.

—¿Sin acabar con el monstruo? —repuso Donald.

—Hemos encontrado a Claudia, ¿no? Ese era nuestro objetivo.

—Uno de nuestros objetivos. El otro, acabar con el monstruo, para que no vuelva a llenar de terror a nadie.

—Ya acabaremos con él mañana, a la luz del día. Será menos peligroso.

—Mañana puede que no le encontremos, señor Jackman. Ahora, en cambio, lo tenemos cerca. Muy cerca.

—Pues yo no lo veo.

—Ni yo —dijo Gold.

—Si disparamos al azar, le obligaremos a atacarnos. O, cuando menos, a cambiar de lugar.

Todavía flotaban en el aire las palabras de Donald Baker, cuando éste vio moverse un arbusto que se hallaba a unos ocho metros de ellos.

Sin dudarle un instante, apuntó hacia allí con su escopeta y apretó el gatillo.

El estruendo del disparo no consiguió ahogar el alarido de dolor que brotó de detrás del arbusto.

Un alarido de dolor aparentemente humano.

—¡Le dio, doctor! —gritó Albert Gold—. ¡Ha herido al monstruo!

Donald corrió hacia el arbusto.

Jackman y Gold le siguieron.

Donald alcanzó el arbusto.

Descubrió al monstruo del lago Hunt.

Se retorció en el suelo y lanzaba unos aullidos desgarradores.

Jackman y Gold ya estaban junto al médico.

El farmacéutico se limitó a observar al monstruo, con ojos agrandados.

El abogado, en cambio, hizo algo más que observar: apuntó con su escopeta al monstruo y apretó el gatillo.

—¡No dispare! —gritó Donald, desviando el arma hacia arriba.

Gracias a ello, el disparo no alcanzó al monstruo.

Walter Jackman se enfureció.

—¡Hay que acabar con el monstruo, doctor!

—Con el tipo disfrazado de monstruo, querrá decir —repuso Donald.

—¿Qué? —pestañeó el abogado.

—¿Tipo disfrazado de monstruo...? —balbució Albert Gold.

—¿Es que no oyen sus gritos de dolor? Son gritos humanos. Bajo ese disfraz de monstruo se esconde un hombre. Y en seguida vamos a ver quién es.

Donald se acercó al falso monstruo del lago Hunt y le arrancó, de un violento tirón, la parte del disfraz que correspondía a la cabeza.

Apareció otra cabeza.

Humana, como había adivinado Donald.

Correspondía a un hombre de unos treinta y cinco años, de abundante pelo negro y cuello poderoso.

El desgraciado no miró a nadie.

Siguió retorciéndose y aullando de dolor.

No era para menos, pues tenía el muslo derecho prácticamente destrozado.

Debía de estar sufriendo espantosamente.

Repentinamente, sin embargo, acabaron todos sus sufrimientos.

El segundo disparo de Walter Jackman le destrozó el pecho.

El tipo dejó de moverse instantáneamente.

Donald se movió furiosamente hacia el abogado.

—¡Señor Jackman!... ¿Por qué lo ha hecho?

—¡Ese canalla merecía la muerte! ¡Aterrorizó al viejo Timothy, a la señorita Anderson, y raptó a Claudia!

—¿Y con qué fin hizo el tipo todo eso, señor Jackman?

—¡Ni lo sé ni me importa!

—Yo creo que sí lo sabe, señor Jackman. Por eso le ha matado. Tenía que cerrarle la boca, para que no dijera quién le pagó para que

se disfrazara de monstruo. Fue usted, ¿verdad?

—¡No sabe lo que dice, doctor! ¿Por qué diablos iba yo a...?

—Muy sencillo, señor Jackman: para que Evelyn Anderson se llenara de terror y decidiera regresar cuanto antes a Nueva York. Usted, naturalmente, se encargaría de vender la casa en su nombre. Pero por una cantidad muy superior a la que luego le diría a Evelyn. Esa casa vale por lo menos ciento cincuenta mil libras. Tal vez más. ¿En cuánto le diría usted a Evelyn que la vendió? ¿Setenta y cinco mil libras? ¿Cien mil? Seguro que no pensaba pagarle más. ¿Es así como se ha hecho usted rico, señor Jackman?

Walter Jackman arrebató de un zarpazo la escopeta a Albert Gold, pues no tenía tiempo de recargar la suya, y apuntó con ella a Donald Baker.

—¡No se mueva, doctor! ¡Y usted tampoco, Gold!

Donald sonrió fríamente.

—Acerté en todo, ¿eh, señor Jackman?

—Sí, doctor Baker, acertó usted —asintió el abogado—. Yo contraté al tipo, para que entrara en acción en el caso de que la sobrina de Chester Horton decidiera venir a Inglaterra. Le dije a Evelyn Anderson que cierta persona ofrecía cien mil libras por la casa de su difunto tío, cuando en realidad ofrece ciento sesenta mil.

—Qué granuja es usted, señor Jackman —espetó Albert Gold.

—No voy a negarlo. Y no me avergüenzo de serlo.

—¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó Donald.

—No voy a tener más remedio que matarles. Yo no quería que nadie resultase lastimado en este asunto, pero ya no es posible evitarlo. ¿Por qué se empeñó usted en dar caza al supuesto monstruo, doctor? Habíamos encontrado a Claudia. Sana y salva, además.

—Prácticamente desnuda...

—El tipo destrozó sus ropas sólo para impresionarnos cuando la encontrásemos, pero nada más. No abusó de ella, si es eso lo que piensa. Como ya le dije antes, mi intención era que nadie resultase lastimado. Se trataba únicamente de aterrorizar a Evelyn Anderson para que se volviera a Nueva York, antes de que pudiera averiguar que

la casa que heredó de su tío valía mucho más de cien mil libras.

—¿Y cómo explicará nuestras muertes, señor Jackman?

—Ya se me ocurrirá algo que sea convincente, no se preocupe.

—No le saldrá bien la cosa, señor Jackman.

—Puede apostar a que sí, doctor. Aunque ustedes, lógicamente, nunca lo sabrán, porque estarán muertos.

Walter Jackman apuntó al pecho de Donald Baker y apretó el gatillo.

Erró el disparo, porque el médico saltó felinamente hacia su derecha en el instante justo.

Pero Donald hizo algo más que esquivar el disparo.

Respondió al fuego del abogado, cuando ya éste se disponía a accionar el gatillo de nuevo.

Donald no falló.

Alcanzó en el pecho a Walter Jackman y éste se vino abajo violentamente, al tiempo que emitía un largo y angustioso aullido de muerte.

Una muerte que le llegó de forma casi instantánea.

EPILOGO

DONALD Baker cargó con Claudia Belmont y él y Albert Gold regresaron a la casa del difunto Chester Horton.

El médico depositó a la desvanecida pelirroja en el sofá del salón y seguidamente telefoneó a Norwich, capital del condado.

Habló con la policía, dándoles cuenta de todo.

Le dijeron que antes de una hora estarían allí.

Donald colgó el auricular y regresó junto a Claudia Belmont.

—Empieza a recobrase, doctor —observó Albert Gold.

—Sí, está volviendo en sí. Yo me ocuparé de ellas, Albert. Usted regrese a Paverton, con el coche de Walter Jackman, e informe de todo a la señorita Anderson, el viejo Timothy, Tom y Marta. Supongo que querrán volver a la casa, cuando sepan que el horrible monstruo del lago Hunt no era más que un tipo disfrazado de tal.

—¡Seguro!

—Usted vuelva con ellos, Albert. La policía querrá hacerle algunas preguntas. Es usted el único testigo de que yo maté a Walter Jackman en defensa propia.

—Volveré, no se preocupe —sonrió el farmacéutico, y salió del salón.

Donald se sentó en el borde del sofá y tomó la mano de Claudia Belmont.

—¿Cómo te sientes, Claudia?

—¿Qué... qué me ha pasado, doctor...? —murmuró ella, tocándose la frente con la otra mano.

—¿No recuerdas nada?

—Sí, que salí a la terraza de la alcoba de Evelyn Anderson porque ella aseguraba que había visto al monstruo del lago Hunt...

—¿Y qué pasó en la terraza, Claudia?

—No lo sé, doctor. Recibí un fuerte golpe en la cabeza y perdí el sentido.

—Mejor. Hubieras pasado mucho miedo, si no llegas a perder el sentido.

—¿Porqué?

Donald se lo contó todo.

—Quién iba a imaginar que el señor Jackman... —murmuró Claudia.

—Nadie.

—¿Y de veras estoy prácticamente desnuda, doctor...? —preguntó la pelirroja, levantando ligeramente la chaqueta del médico, que la cubría desde el pecho hasta la mitad del muslo.

—Sí, tienes las ropas destrozadas. Pero el tipo no abusó de ti, puedes estar tranquila.

—Algo sí se aprovecharía, el muy sinvergüenza, estoy segura. A Evelyn le quitó la toalla de baño y le tocó el pecho.

Donald sonrió.

—Pobre Evelyn...

—¿Por qué la llama pobre? ¡Va a sacar ciento sesenta mil libras por la casa! —recordó la pelirroja.

—No la odies por eso, Claudia.

—No la odio, doctor. Va no. Evelyn es una joven encantadora.

—Y muy bonita.

—Cuidado con ella, doctor Baker. Tenía el propósito de pescarle.

—¿A mí...?

—Sí. Le gustó usted desde el primer momento.

—Vaya... ¿Y ya no le gusto?

—Más que antes, seguro.

—¿Y por qué dijiste que "tenía" el propósito de pescarme, en

lugar de "tiene"?

Claudia Belmont sonrió traviesamente.

—¿No se enfadará usted si se lo digo, doctor?

—Espero que no.

—Le dije a Evelyn que a usted no le gustaban las mujeres.

—¡No...!

—Sí, doctor, se lo dije.

—¿Y ella se lo creyó...?

—¡Naturalmente que se lo creyó! Y se llevó un disgusto, la pobre... —rio Claudia.

Donald, serio, dijo:

—Debería darte unos buenos azotes en el trasero, Claudia.

—Mi trasero está a su disposición, doctor.

—Estoy hablando en serio, Claudia.

—¡Y yo!

Donald acabó sonriendo.

—Contigo no se puede, Claudia.

—¿No está enfadado conmigo, doctor?

—No. Aunque sigo sin comprender por qué le dijiste eso a Evelyn.

—La razón es bien sencilla, doctor: también yo tengo el propósito de pescarle.

—Empiezo a sentir complejo de trucha —bromeó Donald.

—¿A qué cree que fui a su consulta?

—A seducirme.

—Sí. Y casi lo logré.

—Es cierto.

—La próxima vez lo conseguiré, doctor.

—Será mejor que no lo intentes, Claudia.

—¿Por qué?

—Voy a casarme con Evelyn Anderson.

* * *

Evelyn Anderson se encontraba en casa de Donald Baker.

Había sido informada de todo por Albert Gold, pero, pese a saber que ya no existía ningún peligro, no quiso volver a la casa que había heredado de su difunto tío.

No volvería nunca.

Le traía recuerdos demasiado desagradables.

El viejo Timothy, Tom y Marta sí habían vuelto a la casa, junto con Albert Gold. Y de eso hacía ya más de una hora.

Evelyn se hallaba en el living, sentada en el sofá, y fumaba un cigarrillo.

De pronto, se abrió la puerta y Donald Baker entró en la casa, portando su maletín y su escopeta.

—Hola, Evelyn —sonrió a la joven.

—¡Doctor! —exclamó ella, dejando el cigarrillo en el cenicero y poniéndose en pie.

Donald se acercó a la muchacha.

Dejó el maletín y la escopeta en un sillón y dijo:

—Albert me informó de que no quiere usted volver por la casa de su tío.

—Así es, doctor. He pasado tanto miedo en ella, que no volveré a poner los pies en esa casa. Voy a venderla en seguida.

—¿Y cuando la haya vendido...?

—Regresaré a Nueva York.

—¿No le gustaría quedarse a vivir en Paverton? —sugirió Donald.

—¿Y qué haría yo aquí? Apenas conozco a nadie.

—Le apuesto a que muy pronto conocerá a un joven agradable, se enamorará de él, él también de usted, y contraerán matrimonio.

Evelyn Anderson dejó escapar un débil suspiro.

—Me temo que eso no sucederá, doctor.

—¿Por qué?

—Ya he conocido a un joven agradable y me he enamorado de él, pero no hay posibilidad de que él se enamore de mí, porque él...

—¿Es casado?

—¡Peor!

—¿Peor...?

Evelyn se mordió los labios nerviosamente.

—A ese joven no le gustan las mujeres, doctor...

—¿Quién se lo ha dicho?

—Claudia Belmont.

Donald Baker dio un paso hacia ella y la abarcó por la cintura.

—¡Doctor...! —exclamó Evelyn, sorprendida.

—Claudia Belmont le tomó el pelo, Evelyn. A ese joven le gustan las mujeres una barbaridad. Y con toalla, más que vestidas. Y sin toalla, más aún que con toalla.

Evelyn Anderson se quedó sin habla.

Donald aprovechó la circunstancia para besarla largamente en los labios, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

Evelyn estuvo a punto de desmayarse, porque nunca la habían besado con tanto ardor, con tanta pasión, con tanta experiencia...

Cuando Donald separó su boca de la de ella, que fue mucho tiempo después, Evelyn, con la respiración entrecortada, exclamó:

—¡Qué forma de besar, doctor...!

Donald sonrió.

—¿No te gusta?

—¡Oh, sí! ¡Mucho!

—También yo estoy enamorado de ti, Evelyn. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Claro que quiero! —respondió la joven neoyorquina, y ahora fue ella la que unió su boca a la de Donald Baker.

F I N